COLECCION

DE LAS

MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.



MADRID:

Librería de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se hallará un surtido de mas de cuatro mil títulos del teatro Antiguo Español, y todas las del teatro moderno, y un gran número de sainetes, entremeses, y unipersonales y piezas en un acto.

Comedias que se hallan de venta en la librería de Cuesta calle Ma[illegible]

Abre el ojo ó Aviso á los solteros.
A buen padre mejor hijo.
Anillo de Gijes (tres partes).
Antes que te cases mira lo que haces.
Armas de la hermosura.
Aspides de Cleopatra.
Baron (el).
Boba para los otros y discreta para sí.
Bruto de Babilonia.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.
Café (el) ò la comedia nueva.
Casarse para vengarse.
Castigo de la miseria.
Cerco de Roma.
Conde de Saldaña (dos partes).
Con quien vengo vengo.
Criado de dos amos.
Dar la vida por su dama.
Defensor de su agravio.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Delincuente honrado.
Del rey abajo ninguno.
Desdén con el desdén.
Dómine Lucas.
Emperador Alberto.
Fuerza lastimosa.
Garrote mas bien dado.
Genízaro de Hungría.
Hijos de Edipo ò Polinice.
Huerfanita ó lo que son los parientes
Job de las mugeres Sta. Isabel.
Juramento ante Dios.
Licenciado vidriera.
Lindo D. Diego.
Lo cierto por lo dudoso.
Mayor Monstruo de celos.
Mágico de Salermo
Mas ilustre fregona (cinco partes)
Mejor alcalde el rey
Misantropía y arrepentimiento.
Monstruo de la fortuná.
Muger de dos maridos.
Negro de mejor amo.
Negro mas prodigioso.
No hay cosa buena por fuerza.
No hay peor sordo que el que quiere oir.
No puede ser guardar una
Otelo ó moro de Venecia (t
Pintor fingido.
Por la puente Juana.
Primero es la honra.
Príncipe prodigioso.
Raquel (tragedia).
Reinar despues de morir.
Renegado de Carmona.
Rosario perseguido.
Sábio en su retiro.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Secreto á voces.
Señorita mal criada.
Señorito mimado.
Sí de las niñas.
Si una vez llega á querer.
Tercero de su afrenta.
Trampa adelante.
Travesuras son valor.
Triunfo del Ave-María.
Valiente justiciero.
Ver y creer.
Vida es sueño.
Viejo y la niña.
Zeloso y la tonta.
Acrisolar el dolor.
Convidado de piedra.
Inocencia triunfante.
Mas heróico español.
Mas vale tarde que nunca.
Perder el reino y poder.
Rencor mas inhumano.
Restaurar por deshonor.

EL AMOR
Y LA INTRIGA.

DRAMA
EN CINCO ACTOS:

POR

EL POETA SCHILLER.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1800.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas, y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

El Baron de Walter, Presidente del Consejo áulico de un Príncipe del Imperio. *Señor Vicente Garcia.*

Fernando, su hijo mayor. *Señor Juan Carretero.*

El Mariscal de la corte. *Señor Josef Oros.*

Lady Milfort, favorita del Príncipe. *Señora Andrea Luna.*

Rampe, Secretario del Presidente. *Señor Rafael Perez.*

Miller, músico de profesion. *Señor Antonio Pinto.*

Madama Miller, su muger. *Señora Josefa Luna.*

Luisa, su hija. *Señora Rita Luna.*

Sofia, criada de Lady Milfort. *Señora Joaquina Briones.*

La Scena es en una Ciudad de Alemania.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la habitacion de Miller. Este acaba de tocar una sonata: se levanta de la silla, pone á un lado el violin, y se paséa agitado y pensativo. Al otro lado del teatro está su muger vestida como de casa, sentada junto á un velador, y tomando café.

SCENA PRIMERA.

A su muger.

Miller. No hay que hacer: estas visitas, ahora mas que nunca, me empiezan á ser... ya se vé... por ellas se habla de un modo tan poco ventajoso á la reputacion de mi hija. Mi casa será tildada... el Presidente llegará á saber que su hijo... y entónces... ¿qué remedio?... ¡preciso! es necesario rogarle al Baron... sí... yo le pediré que nos dispense de sus visitas.

Con ayre.

Mad. ¿Qué pueden decir?... ¿acaso has ido tú á buscarle? ¿le has presentado á tu hija?

Irritado.

Miller. ¡Yo! ¡presentarle mi hija!... Bien que... oxalá se la hubiera recatado mas: oxalá le hubiera recibido con mas frialdad, y no le hubiera hablado con tanta franqueza; ó lo que era mejor, hubiera dado cuenta á su padre... ¡Pero ya se vé!... ¿qué hubiera adelantado con eso? .. Una palabra del hijo hubiera sobrado para disculparse con su padre; y de todos modos hubiera venido á descargar la tempestad sobre el pobre músico.

Mad. ¡Delirios y gana de charlar!... ¿Qué te puede suceder? ¿Qué pueden hacerte? Tú exerces tu profesion, y recibes en tu academia los discípulos que quieren concurrir á ella... ¡oxalá vengan muchos!... quantos mas moros...

Miller. Pero dime, muger, dime, ¿en qué vendrán á parar estas misas? ¿Casarse con ella? ni él puede, ni aun por asomo se trata de eso... Hacerla su... ¡Dios me tenga de su mano! la idea solo me horroriza... ¡Ah! ¡quántas veces te lo he de decir! Está alerta, muger, está alerta: mira que si ella está de acuerdo con él, aunque pongas una centinela á cada puerta, y una espía á cada paso... ¿pero qué digo? á nuestra

misma presencia, delante de nosotros mismos la sacará, abusará de su amor, y despues sacudiendo su capa, no volverá á parecer... tu hija quedará deshonrada para toda su vida... y acaso, acaso arregostada á...

Se pone los puños en la frente.

¡Jesus, Jesus! ¡Dios mio!

Mad. ¡Dios nos libre de semejante cosa!

Miller. ¿Qué otro fin puede llevar un currutaco de su clase? La chica es linda... su talle ayroso... buenos ojos... ¡Qué sé yo! sea qual fuere su conducta aquí dentro de casa... nadie lo exâmina, ni le importa á nadie, siempre que no se ande con tapadillos; pero si se presenta en público, si alguna amistad sospechosa, ó algun desliz... Ya te lo he dicho, muger, ya te lo he dicho; y te lo volveré á decir mil veces: anda con cuidado: él es jóven; y un hombre es un hombre... sí, lo sé yo por mí mismo.

Mad. ¡Si vieras qué cartas tan halagüeñas que la envia, y los elogios que hace de la candidez de su alma!...

Con una falsa sonrisa.

Miller. ¡De la candidez de su alma!... no es mala

la extratamegá: al alma es á la que se sitia; y lo que se quiere es conquistar el cuerpo. Al principio, ya se vé... buena moral, buenos sentimientos, buenas idéas, lo mejor de todo: uno se presta, se enternece, se entusiasma: los corazones llegan á interesarse y convenirse: los sentidos siguen su exemplo: se cae en el garlito, y despues... ¡quién dixera! ¡quién pensára!...

Mad. ¿Y qué me dirás de los excelentes libros que la envia, en los quales está rezando á todas horas?

Miller. ¡Brrr!... ¡rezando!... al fuego con esas drogas... ¡Dios sabe lo que aprenderá en ellos! Las verdades sublimes de la moral no pueden engolosinar tanto á un paladar enseñado solo á gustar comunes manjares. ¡No es posible! Otra cosa será la que así la aficione. Idéas de un mundo romancesco... una felicidad imaginaría que la haga mirar con disgusto la casa de sus padres... pinturas de una vida licenciosa, con las que muy luego llegarán á desvanecerse, como el humo, las pocas máxîmas de religion que tanto he procurado inspirarla... deseos ambiciosos de grandeza, que la harán que se avergüence de mi estado,

y á que tenga á ménos, y se olvide de que su padre no es mas que un pobre músico... Al fuego, sí, lo repito: al fuego con todas esas drogas, que no la pueden servir sino de emponzoñar su alma. No, pues aunque todo se lo lleve el diablo, la bomba ha de rebentar al instante, aunque á mí mismo me haga pedazos. El Mayor... no hay que hacer... es preciso... el Mayor se volverá por donde se venga.

Quiere marcharse.

Mad. Poco á poco, amigo: despacio. ¿Quánto no nos ha producido? y quántos regalos magníficos no nos ha...

Encolerizado, y cara á cara con su muger.

Miller. El precio de la deshonra de mi hija: sí, el precio de su deshonra. ¡Ah, infame! Antes hubiera yo ido de puerta en puerta mendigando al son de mi violin: qué sé yo lo que hubiera hecho ántes de comer un pan de ignominia comprado con su deshonra. Maldito sea tu tabaco y tu café: déxalo para siempre, y no tendrás necesidad de vender á tu hija: jamas nos ha faltado que comer, ni que vestir sin que ningun trasto como ese haya puesto los pies en casa.

Mad. Al instante echas por medio: no te se puede hablar palabra. Lo que yo quiero decir es, que basta que el Mayor sea hijo del Presidente para que...

Miller. ¡Qué bien lo entiendes! por eso es justamente por lo que yo quiero ir hoy mismo á instruirle de todo, que si es hombre de bien, y buen padre, sin duda me dará las gracias... Tú, vé á disponerme mi vestido de rizo para presentarme decente. Yo le diré á su Excelencia, que su hijo ha puesto los ojos en mi hija: que para ser su muger es demasiado humilde; pero sumamente honesta para no ser mas que su amiga. Esto le diré, y luego verémos.

SCENA II.

Los mismos y Rampe.

Mad. ¡A Dios, señor Rampe! ¿A qué casualidad debemos la satisfaccion de ver á vm.?

Rampe. Esa satisfaccion, yo soy quien la disfruto. El deseo de formar con vms. una sola familia, es en mí mas poderoso que el temor de experimentar un desprecio... por eso vengo...

Interrumpiéndole.

Mad. Tambien el Baron de Walter viene de quando en quando á asegurarnos de su amistad: no lo digo porque crea que esto nos autorice á despreciar á nadie; no señor.

Durante esta escena no cesa de manifestar por sus gestos y por sus miradas, el disgusto que le causan los modos altaneros é inoportunos con que su muger habla á Rampe.

Miller. ¡Muger! un asiento al señor...

A Rampe.

¿en qué podemos servir á vm., señor Rampe?

Pone sobre una mesa su sombrero y baston, y se sienta.

Rampe. Y bien, ¿cómo está mi novia? ¿Me saldrán vanas mis esperanzas? ¿Qué dice vm.? ¿No me facilitará vm. la satisfaccion de ver á la señorita?

Con reserva.

Mad. Agradezco la atencion de vm., señor Rampe. Mi hija no tiene nada de altiva para dexar de...

La da con el codo.

Miller. ¡Muger!

Mad. Lo que siento es que ahora mismo no pueda dar una prueba del gusto que tendría en... pero está rezando.

Rampe. No, no: déxela vm.: eso me hace creer que llegará el dia... sí, lo estoy viendo... llegará el dia de tener en ella una muger de gobierno, y temerosa de Dios.

Con una vanidad despreciadora.

Mad. ¿Cómo? ¿señor Rampe? ¿qué es eso?

Notablemente embarazado.

Miller. ¡Muger!

Mad. Vea vm. si en otra qualquier cosa le podemos servir... lo harémos con mucho gusto.

Sorprehendido.

Rampe. Con que en otra qualquier cosa, ¿he? muchas gracias... *Tose.* Hem... hem...

Mad. Vm. mismo conoce...

Dándola fuertemente con el codo.

Miller. ¡Muger!

Mad. Yo á nadie quito su mérito: lo bueno, bueno es; pero lo mejor merece ser preferido. Quando un padre no tiene mas que un hijo, es natural que haga lo posible por proporcionarle su mejor estar...

Con ayre orgulloso y rústico.

Supongo que vm. me entiende.

Embarazado, y repasando sus vueltas, y andando con su sombrero.

Rampe. Ya, ya... sin embargo... ¿Qué quiere vm. darme á entender?

Mad. Que estando mi hija muy cerca... á lo ménos, segun todas las apariencias... de llegar á ser una gran señora...

Se levanta admirado.

Rampe. ¡Cómo! ¡Qué es eso! ¿una gran señora?

Miller. Siéntese vm., señor Rampe, que esta muger está loca. Dime, charlatana: ¿de qué modo ha de llegar tu hija á ser una gran señora? ¿Qué quieres decir con esa bachillería?

Mad. Enfádate quanto quieras. Yo sé muy bien lo que sé: y lo que el señor Mayor ha dicho, no necesita de comentario.

Furioso salta sobre su violin.

Miller. Quieres callar muger, ó te rompo los cascos. ¿Qué puedes tú saber? ¿qué puede haberte dicho? No haga vm. caso de sus habladurías, señor Rampe; y tú vete á la cocina sino quieres... No dudo que vm. me hará la justicia de creer que semejante locura, no se me ha pasado jamas por el pensamiento.

Rampe. No señor: en vm. siempre he hallado un

hombre de su palabra; y por lo mismo es preciso que vm. se acuerde de que su hija en cierto modo me estaba... no hay duda: vm. sabe mis pretensiones, y que son justas y sérias; al paso que su hija en secreto puede que guste de las ficciones y embelecos de algun caballerete que...

Interrumpiéndole.

Mad. Poco á poco, señor Rampe: háganos vm. un poquito mas favor.

Miller. Calla. *A su muger.*

A Rampe.

Lo que le dixe á vm. el otoño pasado se lo repito ahora. Yo no violentaré su gusto: si ella dixese que sí, tanto mejor; y si dixere que no, tan amigos como ántes: beberá vm. una botella con su padre. Ella es la que ha de vivir con vm., no yo.

Mad. Desengáñese vm., señor Rampe: en mi vida consentiré en semejante union: á mi hija la está reservada alguna gran fortuna; y si mi marido tiene la debilidad de ceder á las instancias de vm., tribunales hay que nos oigan.

Miller. ¿Quieres que de un triunfo te rompa los sesos, habladora de por vida?

A Miller.

Rampe. No se sofoque vm.: que yo confio en que los consejos de un padre podrán mucho en el corazon de una hija bien educada... Y vm. á mí bien me conoce.

Enfadado.

Miller. Dale: ya le he dicho á vm., que ella es la que le ha de conocer: que el que yo le conozca, poco importa. Aunque, si va á decir verdad, no descubro en vm. lo que me parece que se necesita para agradar á una muchacha de su edad; pero eso allá se las haya. Si fuera para tocar en una orquesta, yo le diría sin discrepar un ápice si era vm. ó no á propósito; pero vaya vm. á atinar con el gusto de una muger. Por último, yo alzo la mano; ni á vm. ni á ella les aconsejo nada. Pero me temo me temo, que quede poco ayroso un amante que intenta valerse de la autoridad del padre para ganar la voluntad de la hija; porque eso es precisamente á lo que por sí debe aspirar con sus modales, su eloqüencia, sus miradas; en una palabra, con aquellas cosas que sabemos hacer los hombres quando querémos á una muger; y si así no lo consigue, bien puede tantear otro bado.

Rampe. Muchas gracias, señor Miller: Perdone vm. *Toma su sombrero y su baston, y se va.*

Le sigue despacio.

Miller. No hay de qué, señor Rampe.

Se vuelve.

Nausias me dan solo de ver la figura contrahecha y ridícula de este maldito escribas: aquellos ojillos de pulga: aquel mirar atravesado y falso: aquel pelo rubio: aquella barbeta de... ántes que dar mi hija á semejante pícaro, quisiera verla... Dios me tenga de su mano...

Madama vuelve en tono irritado.

Mad. Pobre trompeta. Lástima fuera que no se cosiera una la boca.

Miller. ¿Vuelves otra vez á machacarme con tu maldito Baron? No parece sino que tienes el diablo en la lengua para hablar disparates, precisamente quando mas necesitas hablar con reserva. ¿Te parecerá á tí, que has hecho una gran cosa con decir que tu hija llegará á ser una gran señora? ¿qué quieres que de eso se infiera? ¿y delante de quién vas á tener esas vaciedades?... delante de Rampe; que es el hombre mas vil y falso del universo. ¿No sabes que ese es uno de los muchos que solo van á las casas

para saber y oler, y tener por las noches que contar al Príncipe, á su favorita, al Presidente, y á toda la corte? Atente á lo que te venga.

SCENA III.

Los mismos y Luisa, que con un libro en la mano se dirige á su padre, y tomándole la mano con ternura le dice.

Luisa. Tenga vm. buenos dias, padre mio.

Con sensibilidad.

Miller. No sabes tú, hija mia, quánto gusto tengo de verte dar gracias á tu criador. Continúa haciendo siempre lo mismo, y jamas te faltará su proteccion.

En tono melancólico.

Luisa. ¡O, quán culpable me siento ante su presencia! ¿Ha venido madre?

Mad. ¿Quién, hija mia?

Luisa. ¡Ah, se me habia olvidado que habia mas hombres en el mundo! ¡Tengo la cabeza tan aturdida, y el corazon tan inquieto! ¿No estaba aquí Walter?

Triste y serio.

Miller. Yo creía, hija mia, que habias dexado ese nombre en la Iglesia.

Luisa. Ya entiendo lo que vm. quiere decirme: bien conozco lo justo de una reprehension que me atormenta y me devora; bien lo conozco, padre mio; pero ya no hay remedio... Ya se ahogó en mí la devocion... Solo Fernando ocupa mis sentidos: él solo absorve mis potencias. En todo le veo, en todo le oigo. Todas las bellezas de la naturaleza, y todos los deseos de mi corazon se encierran en la memoria que de él tengo, y...

Se echa tristemente sobre un sitial.

Miller. Ved ahí el fruto de la maldita lectura.

Luisa se asoma á una ventana.

Luisa. ¿Dónde estará ahora? ¿quiénes serán las dichosas que le esten hablando y oyendo, y que respiren el mismo ayre que él?... ¡Ay de mí! y yo pobre abandonada...

Se echa en los brazos de su padre.

Eso no, padre mio: perdóneme vm.: yo no me quejo de mi suerte, ni mis deseos se extienden á mas que á pensar en él... ¡Oxalá pudiera yo transformar este aliento que me anima en un ce-

firo halagüeño, que con su frescura recrease su rostro!

Recostado tristemente sobre la silla, y cubriéndose la cara con las manos.

Miller. Luisa, hija mia: de buena gana diera los pocos dias de vida que me restan, porque jamas hubieras visto al Mayor.

Alterada.

Luisa. ¡Qué es lo que vm. dice, padre mio! vm. no le conoce... vm. no sabe que Fernando es mio; que el autor de toda felicidad le ha criado solo para mí, para mí sola.

Pensativa.

La primera vez que le ví, un pudor repentino enroxeció mi rostro, mi sangre circulaba con mas agitacion; y cada objeto que veía, cada cosa que sentia me decia mudamente: él es. Entónces fué, en aquel mismo instante, quando salió para mí la aurora de la vida... entónces fué...

Corre hácia ella, la estrecha en sus brazos, y suspirando la dice:

Miller. Luisa, hija mia... mi único consuelo... pide... exîge... toma mi sangre... aquí tienes mi vida... todo... todo es tuyo: pero el Mayor...

Dios me es testigo... el Mayor no está en mí el dártele. *Vase.*

Luisa. Tampoco yo le pido ahora... Estos cortos instantes, á que llaman vida, se pasarán deliciosamente viendo á Fernando... Pero no, no es para aquí para donde yo le amo, para donde yo le deseo. Quando dexe de respirar este débil aliento: quando allane la muerte las altas barreras erigidas entre nosotros por el orgullo y la preocupacion: quando desaparezca esta vil corteza, y los hombres no sean mas de lo que son... ¡Quántas veces me lo ha dicho! Entónces se desvanecerán como el humo la brillantez de las riquezas, y el fasto de la vanidad: todo esto desaparecerá ante una accion virtuosa. ¡Quán rica me prometo ser entónces!... Allí las lágrimas de la sensibilidad serán miradas como triunfos: los buenos pensamientos me servirán de blasones... Entónces sí que seré noble... ¡quién será la que pueda disputarme la preferencia!

Da un grito.

Mad. Luisa: ¡el Mayor! corriendo viene... ¿Dónde me ocultaré?

Con un temblor involuntario.

Luisa. Estese vm. aquí madre, estese vm.

Mirándose.

Mad. ¡Ay Dios mio! ¡cómo me coge! Yo no me atrevo á estar así delante de él. *Vase.*

SCENA IV.

Fernando de Walter y Luisa.

Fernando corre hácia Luisa, que con el mayor sobresalto se dexa caer sobre una silla: se miran un instante con el silencio mas expresivo.

Fern. Tú estás descolorida, Luisa; toda te has inmutado: ¿qué tienes?

Se levanta.

Luisa. Nada, nada: yo te veo y te oigo... mi mal ha desaparecido.

Se lleva á la boca la mano de Luisa.

Fern. ¡Aun me ama mi Luisa! mi corazon es el de ayer, el de hoy, siempre el mismo, siempre tuyo. Corro á tus pies por ver si la paz habita en tu alma; y solo con eso me vuelvo contento. ¡Mas ay de mí! Tú no estás tranquila.

Luisa. Sí, sí, querido mio: si lo estoy.

Fern. Dime la verdad; no, tú no lo estás: mira

que estoy leyendo en tu corazon... vaya: dime qué tienes, no me ocultes nada. ¿Qué te entristece?

Le mira mucho tiempo del modo mas expresivo, y despues en tono melancólico.

Luisa ¡Ay Fernando! ¡si tú supieras quánto con tu amor ennobleces el orígen de tu Luisa!

Admirado.

Fern. ¡Tu orígen! ¿Qué quieres decir con eso? ¿No eres mi Luisa? ¿Quién te ha dicho que tu posesion puede dexarme nada que desear? ¡Ah ingrata! Ya, ya veo la frialdad é indiferencia que opones al ardor de mis sentimientos. Si tu corazon estuviera inflamado de amor como el mio, ¡no se le ofrecería tan inoportuna reflexîon! desecha todo temor: ten confianza, y mira que cada instante que das á la tristeza, á mi amor se le robas.

Le toma la mano, y mueve la cabeza.

Luisa. ¡Ay Fernando! tú quieres deslumbrarme, y apartar mi vista del abismo que me amenaza. No... Yo veo lo por venir... Los gritos del honor, la voz de la fama... tus proyectos... los de tu padre... la humildad de mi orígen...

A esta palabra dexa caer la mano de Fernando, y despues con sobresalto.

¡Fernando! ¡un puñal está pendiente entre tí, y entre mí!... Mira que nos separan...

Con viveza.

Fern. ¡Nos separan! ¿en qué lo fundas? ¡separarnos! ¿Quién bastará á romper el lazo que reune dos corazones?... Yo soy noble, sí: ¡y qué importa! verémos si mi executoria es mas antigua que los derechos de la naturaleza, y si mis escudos y blasones podrán mas que mis promesas y los decretos del cielo. Yo soy hijo del Presidente: sí, yo soy por mi desgracia su hijo, y creo que solo el amor podrá librarme de las maldiciones que arrancan á este pueblo oprimido la crueldad y las vexaciones de mi padre.

Luisa. ¡O quánto le temo!... ¡ese padre!...

Fern. Pues yo no temo nada... nada... sino que tu amor se disminuya. Aunque nazcan para separarnos obstáculos mayores que los que ofrecen los montes Apeninos... no temas; que amor me prestará sus alas para superarlos, y en ellas volaré á tus brazos: los asaltos de la adversidad redoblarán mis esfuerzos: los peligros te darán

un nuevo atractivo á mis ojos. Desecha todo temor, que yo velaré...

Le interrumpe, y con dulzura y la mayor agitacion.

Luisa. Detente... basta... te suplico que no sigas... ¡Si tú supieras! Déxame... No, tú no sabes que esas esperanzas... tan lisonjeras, son otras tantas furias que se anidan en mi corazon para devorarle.

Quiere marcharse, y Fernando la detiene.

Fern. ¡Luisa! ¿qué es esto? ¿qué sospechas?

Luisa. Miéntras no tuve, ó tuve dormidos esos delirios de la imaginacion, fuí feliz: pero ahora, ¡ay de mí! ahora... hoy mismo se ha auyentado la paz de mi alma. Pensamientos indiscretos: deseos insensatos, ¡ya lo prevéo! se engendrarán desde hoy en mi corazon. Anda, ¡Dios te lo perdone! tú has incendiado mi corazon, ántes inocente y tranquilo, con un fuego tan voraz, que es imposible que jamas se extinga.

Vase precipitadamente, y Fernando la sigue.

SCENA V.

El teatro representa un salon de la casa del Presidente: éste se halla condecorado con una insignia de la órden del Aguila Negra, ú otra.

El Presidente y Rampe su Secretario.

Presid. ¿Una inclinacion formal: ¿mi hijo?... No, Rampe: no lo puedo creer.

Rampe. ¿Me permite V. E. que se lo haga ver?

Presid. Que se haya encaprichado con alguna mozuela hermosa: que le haga la corte: que la diga mil requiebros, y si es menester que... eso sí: todo eso lo veo posible, y aun perdonable; pero eso de... ¿y con quién? ¿no dice vmd. que con la hija de un músico?

Rampe. Sí, señor: con la hija del músico Miller.

Presid. ¿Es bonita? supongo que sí.

Vivamente.

Rampe. Sin exâgerar, es la mas bella criatura de la corte.

Se rie.

Presid. ¿Y dice vm. que mi hijo la ama con ex-

tremo? ¡tanto mejor! Si ama al bello sexô, puedo esperar que no sea aborrecido de las mugeres; y ya se vé... su influxo es poderosísimo en la corte. ¿Es amable la chica? yo lo celebro: eso me prueba que él tiene gusto... ¿Llega á persuadirla y hacerla creer, que sus miras son honestas, y sólidas sus promesas? mucho mejor. De eso inferiré, que tiene talento para mentir á propósito, y que llegará á hacer una gran fortuna. Adelanta su empresa hasta obtener los favores de su amada... ¡Excelente! Yo beberé en albricias una botella mas de Málaga.

Rampe. Lo qe yo deseo es, que V. E. no tenga necesidaddde beber esa botella para distraerse de los digustos que esta amistad le prepara.

Con seriedad.

Presid. ¡Rampe! Acuérdese vm. que sostengo con obstinacin mis dictámenes, y que mi cólera excede tdo furor. Que vm. procure deshacerse de u rival peligroso, ya lo entiendo: que á vm. le ea dificil, y que para conseguirlo se valga de l autoridad paternal, tampoco lo extraño: pero ue vm. me cuente semejante niñería, como ur verdadera infraccion de los principios en que lne educado, eso me es insufrible.

Rampe. Perdone V. E., señor: que si, como V. E. sospecha, naciera este aviso de envidia y no de amor y confianza, bien pudieran mis ojos haberlo descubierto, pero no mi lengua.

Presid. Pues desde ahora le dispenso á vm. de semejante confianza y amor; sin embargo quiero premiarle su lealtad, dándole la agradable noticia de que muy pronto tendrá ocasion de no quedar á deber nada á su rival.

Rampe. ¿Pues cómo, señor?

Presid. Como que de un dia á otro esperamos á la nueva Duquesa... y á su arribo debe dexar la corte Lady Milfort, y casarse inmediatamente para desvanecer toda sospecha. El Duque se ocupa actualmente en buscarla colocacion: y qualquier otro que se presente, puede concluir el negocio, casarse con ella, y alzarse con la confianza del Príncipe, y por este medio hacerse necesario á ambos. Para evitarlo y asegurarme mas y mas de la benevolencia del Príncipe, y en cierto modo ligarle á mi familia, he resuelto casar á Fernando con Lady: ¿no es esto claro?

Rampe. Y tan claro, que deslumbra. Este golpe me hace ver, que en materias políticas, el padre no es mas que un aprendiz comparado con el

Présidente. Sin embargo, si el Mayor no presta mas obediencia filial, que paternal amor le acredita V. E. en esta resolucion, es de temer que reuse...

Presid. Jamas he encontrado obstáculo en proyecto alguno, quando su execucion ha dependido, ó de mi autoridad, ó de la firmeza de mi carácter. Esto nos vuelve al asunto que dió motivo á nuestra conversacion: hoy mismo le diré á mi hijo, que su boda con Lady Milfort está concertada y concluída. El efecto que en él haga esta noticia, precisamente ha de confirmar ó desvanecer nuestras sospechas.

Rampe. Perdone V. E. señor, que la repungnancia que probablemente manifestará á esta union, tanto puede consistir en el desprecio que haga de la persona que V. E. le dá, como en el afecto que tenga á la que le quita, y de consiguiente siempre será defectuosa esta prueba. Yo me ofrezco á dar á V. E. un medio mas sencillo: propóngale V. E. el partido mas ventajoso que se halle en todo el estado, la dama por todos términos mas cumplida; y si lo acepta, desde ahora me obligo á arrastrar un grillete por tres años.

Mordiéndose los labios.

Presid. ¡Qué diablos!

Rampe. A ese extremo llega... La misma madre... su misma tontería me ha dicho mas de lo que necesitaba para inferirlo.

Paseándose de un extremo á otro devorando su rabia.

Presid. No hay que hacer... Hoy mismo, esta misma mañana...

Rampe. ¡Señor! Solo pido á V. E. que no se olvide de que el señor Mayor... es el hijo de mi amo.

Presid. Yo le disculparé.

Rampe. Y que mi zelo por librar á V. E. de semejante nuera...

Presid. Sí, merece en pago que yo disponga que vm. la obtenga por muger... Enhorabuena, yo lo ofrezco.

Le saluda respetuosamente.

Rampe. ¡Señor! nuevamente reconocido, y siempre dispuesto... *Quiere marcharse.*

Presid. La mas mínima palabra que á vm. se le suelte de lo que acabo de confiarle... Cuidado conmigo, Rampe.

Rampe. ¿Ha tenido V. E. que reprehenderme ja-

mas debilidades de esa naturaleza? *Vase.*

Presid. Con efecto: no tengo que rezelar: su misma perfidia es el vínculo que á mí le une, y que me responde de su fidelidad.

Sale un ayuda de Cámara.

Ayuda de Cám. Señor: el señor Mariscal de la corte.

Presid. Que entre. ¡A mejor tiempo!...

Vase el Ayuda de Cámara.

SCENA VI.

Los mismos, y el Mariscal de la corte ricamente vestido; pero sin gusto: peinado de erizon: con espada y llave de Gentil-Hombre, y el sombrero debaxo del brazo: se precipita tumultuosamente en los brazos del Presidente.

Mar. A Dios, amigo mio: ¿cómo ha pasado vm. la noche? Disimule vm. que no haya venido ántes á... pero tengo tantos negocios y de tanta importancia: cuentas: targetas de dias: los preparativos para la partida de esta tarde...

Presid. Mal podia vm. prescindir de eso. De ningun modo.

Mar. Y para colmo de mis desgracias, un bribon

de un sastre me ha hecho estar esperando un sin fin de tiempo.

Presid. Y á pesar de todo eso, vm. no habrá hecho falta, ¿he? ¿Acaso habrá vm. ya hablado á S. A.?

Con gravedad.

Mar. ¿Cómo si le he hablado? Nada ménos que veinte minutos y medio.

Presid. ¿Tendrá vm., de ese modo alguna noticia importante que darme?

Despues de reflexîonar un instante le responde con la mayor seriedad.

Mar. Que hoy lleva S. A. un sobretodo tornasolado, forrado de armiño.

Presid. Mas interesante es la que tengo yo que darle á vm. ¿A qué vm. no sabe que Lady Milfort va á ser mi nuera?

Mar. ¡Qué! ¿De veras? ¿Está ya hecho?

Presid. Y firmado... No me haga vm., que si vm. no quiere hacerlo, vaya yo ahora mismo á preparar á Milady para que reciba la visita de mi hijo, y á publicar por todos los círculos del Estado su próxîmo casamiento.

Fuera de sí de contento.

Mar. ¡O! Eso yo, yo: yo lo haré con el mayor

gusto... Nada puede serme mas lisonjero. Voy allá, voy corriendo. Abur, amigo mio.

Le abraza.

Antes de tres quartos de hora, no habrá en toda la ciudad quien no lo sepa. Contad conmigo.

Vase precipitadamente.

Riyéndose.

Presid. ¿Y que se diga que esta especie de hombres no es buena para nada? De este modo no podrá excusarse mi hijo... á no desmentir á toda la ciudad. *Llama, y entra Rampe.*

A mi hijo que entre.

Sale Rampe, y el Presidente se queda paseando pensativo.

SCENA VII.

El Presidente, Rampe y Fernando.

Fern. Padre, ha mandado vm. que...

Pres. Sí: que á eso das lugar, si es que yo he de tener el gusto de verte.

Con la mano hace seña á Rampe para que se vaya, y se va.

De algun tiempo á esta parte hecho de ménos

en tu conducta aquella vivacidad que es el alma de la juventud, y que te hacia tan amable á todos, y tan agradable á mis ojos. Ahora por el contrario, se descubre en tu semblante un ayre sombrío é inquieto... huyes de mí... huyes la sociedad... ¿Qué es esto? Mas indulgencia merecen en tu edad veinte locuras, que un solo instante de tristeza. Déxala para mí, dexa á tu padre el cuidado de trabajar en tu felicidad: déxale preparar los medios de hacerte digno de los altos destinos que te prepára... Ven, Fernando, abrázame.

Fern. Muy indulgente está vm. hoy, padre mio.

Presid. Hoy, bribon... hoy... ¡y con qué retintin lo dice! *Con la mayor seriedad.*

¿Por quién te parece á tí que me he hecho yo tanto lugar con S. A., arrostrando tantos peligros y urdiendo tantas intrigas?... ¡Oye Fernando!... Mira que te hablo como á hijo... ¿Para qué habré yo subido á la eminencia en que me hallo, con la ruina de mi predecesor? suceso cuya memoria me atormenta tanto mas, quanto es mayor la necesidad que tengo de desmentir con exterioridades risueñas el dolor que despedaza mis entrañas. Por quién, dime: ¿por quién te pa-

rece á tí que he hecho yo todo esto?

Retrocede espantado.

Fern. No por mí, padre mio: por mí no... No quiera Dios que caiga sobre mí el castigo que tal delito merece: ¡mejor fuera no haber nacido, que recoger el fruto sangriento de semejante atentado!

Admirado.

Presid. ¿Qué? ¿Cómo? ¿qué es lo que dices? Solo puedo perdonar tal locura, haciéndome cargo de que nace de una imaginacion delirante. ¡Fernando! Mira que no quiero enfadarme. ¿Es esta la recompensa de mis trabajos, el premio de tantas vigilias, y el fruto de tantos años vividos entre la inquietud, y pasados en el suplicio de una conciencia inquieta? A mí me queda que expiar el crímen: sobre mí debe venir el castigo: á mi cabeza amenaza la ira del Juez supremo... ¡Pero tú! tú recibes la fortuna por tercera mano.

Levanta al cielo la mano derecha.

Fern. Yo renuncio solemnemente á una fortuna, que solo me recordará á mi padre para compadecerle.

Presid. Escucha muchacho: no me irrites. Si las co-

sas fueran como deben, estarías tú envilecido, y arrastrando por el suelo.

Fern. ¡O! Mil veces mas quisiera vivir desconocido, que por tales medios rodeando el trono.

Disimulando su enojo.

Presid. Es necesario que convengas en que sería temeridad despreciar las felicidades con que te convida la fortuna. Ahora bien: los honores, las dignidades que otros codician con tanta ansia, ¿no te vienen ellas mismas á buscar en medio de tus diversiones, y aun hasta en el sueño mismo? Alferez á los doce años; ya eras Mayor á los veinte... Acabo de obtener del Príncipe que te releve del uso del uniforme, y que te condecore con las vestiduras ministeriales. Tambien me ha hablado de consejo privado... de embaxadas... de honores extraordinarios... Infiere de aquí quán brillante carrera; quán espacioso camino se abre á tu exâltacion... Un lugar cerca del trono, un poderío verdadero que vale algo mas que vanos atributos... Vé ahí la perspectiva que te se presenta... ¿Y será posible que dexe de inflamarte?

Fern. Y muy posible; porque no tenemos unas mismas idéas de la felicidad. Brillar y oprimir

es lo que constituye la de vm.: el temor y la envidia: á esto se reducen los sentimientos que inspiran los trofeos con que se erguié un ambicioso. Lágrimas, maldiciones y desesperacion, son los inmundos manjares con que los pretendidos felices alimentan su orgullo, y los corrompidos licores con que sacian su vanidad: y en este estado de embriaguez les cogerá el dia en que comparezcan ante el trono del Eterno... ¡Pero mi felicidad! mi felicidad sin salir de mí la encuentro, y todos los deseos de mi corazon estan en él sepultados.

Presid. ¡Muy bien! ¡Excelente! vea vm. aquí la primera leccion de moral que he recibido despues de treinta años. La lástima es que ya en mi edad es dificil aprender. Pero para que no se inutílice tan aventajado talento, será bien darte compañía en quien puedas á tu satisfaccion exercitar esas felices disposiciones... Tú te resolverás desde hoy á casarte.

Retrocede soprehendido.

Fern. ¡Padre!...

Presid. Fuera cumplimientos... En tu nombre he enviado una esquela de visita á Lady Milfort...

No hay arbitrio: es menester que al instante vayas á verla, y á comunicarle que eres su esposo.

Fern. Yo: ¡de la Milfort!... ¡padre!

Presid. ¿Tú la conoces?

Fuera de sí.

Fern. ¿Pues hay quién no conozca la infamia que la cubre, y el desprecio que inspira?... Pero yo hago mal de tomar tan á pechos lo que no puede ser mas que una chanza. Ni cómo habia vm. de querer ser padre de un hijo tan vil y tan despreciable, que no se horrorizase solo de oir... Vaya...

Presid. Bien léjos de eso, yo mismo la pediría, si ella quisiera á un hombre de cincuenta años... ¿No querrias tú ser hijo de tal padre?

Fern. De ningun modo: ¡así tan cierto como hay Dios!

Presid. Esa es una injuria hecha á mi honor: injuria solo perdonable por su singularidad.

Fern. ¡Padre mio! suplico á vm. que no permita que su hijo viva mas tiempo en tal angustia: ó me será imposible llamarle á vm. padre.

Presid. ¿Estas loco? ¿Qué hombre de mediano

juicio no apreciará el honor de conseguir la gracia del Príncipe por este medio?

Fern. ¡Padre! ¡Yo no lo comprehendo! ¿honor llama vm....

El Presidente suelta una carcaxada.

Ríase vm. quanto guste... Mi partido está tomado... ¿con qué cara me pondría yo delante, ni aun del mas infeliz artesano, que si quando se casa no recibe otro dote, lleva al ménos una muger sana y robusta, y que á él solo entrega su alma? ¿Cómo me presentaría yo al mundo, al Príncipe, á la misma, que con darme su mano no tiene otro objeto que borrar con mi oprobrio su ignominia?

Admirado.

Presid. ¿Dónde diablos has aprehendido eso?

Fern. ¡Padre mio! jamas llegaría vm. á ser tan feliz degradándome, como yo desgraciado. Aquí tiene vm. mi vida; de vm. la he recibido, y no dudaré un instante en sacrificarla á su elevacion; ¡pero el honor!... Si vm. me quita el honor... miraré la vida como un presente emponzoñado, que me obligue á maldecir y detestar de...

Dándole cariñosamente en las espaldas.

Presid. ¡Bravísimo! ¡hijo mio! Ahora reconozco toda la nobleza de tu carácter: ahora veo que no hay en todo el estado mas que una sola muger digna de ser tu esposa... Tú la obtendrás... Hoy mismo quedarás casado con la Condesa de Ostheim.

Desconcertado y aparte.

Fern. Esta hora parece que está destinada á que yo padezca todos los tormentos del infierno.

Mirándole de quando en quando como á hurtadillas.

Presid. Me parece que esta eleccion está muy distante de amancillar tu honor, y de ofender tu delicadeza.

Fern. Así es, padre mio. Qualquier otro se tendría por feliz.

Aparte.

Yo he resistido á su cólera, y su bondad me abate.

Siempre fixos en él los ojos.

Presid. Espero tu agradecimiento, Fernando.

Se abalanza á sus brazos, y le abraza tiernamente.

Fern. ¡Padre mio! ¿Quién podría ser insensible á tanta bondad? yo estoy penetrado del mas vivo reconocimiento... Nada tengo que oponer al partido que vm. me propone... sin embargo... yo no puedo... no me atrevo... compadézcame vm..., yo no puedo amar á la Condesa.

Da un paso hácia atrás.

Presid. ¡Ah, ah! aquí te aguardaba, pobre hombre: caiste en el lazo á pesar de tu astucia... No es el honor el que te hace reusar la boda con Lady Milfort... No su persona, sino el casamiento es lo que tú detestas.

Fernando se queda inmóvil por un instante, y despues quiere marcharse repentinamente.

¿A Dónde vas? Detente. ¿Es ese el respeto que me tienes?

Vuelve el Mayor.

A Lady Milfort he enviado recado para que te espere... Al Príncipe he dado mi palabra... La ciudad y la corte ya lo saben... Si te atreves á desmentirme á vista del Príncipe... de Milady... de toda la ciudad... de la corte entera... ó si llego á averiguar ciertas historietas... infeliz

de tí... Dime: ¿por qué te pones tan pálido?

Pálido y temblando.

Fern. Yo no sé... no señor... esto no es nada.

Presid. ¿Y si fuese algo?... ¿Y si descubro el motivo de tanta resistencia? ¡Ah, temerario jóven! Solo la sospecha me enfurece. Vete al instante á la plaza de armas. La parada va á empezar. Dado el santo, pasarás á casa de Milady. A mi vista tiembla el estado: verémos si me desobedece un hijo; verémos si puede mas su temeridad. *Vase, y ántes de salir vuelve.* Vuelvo á repetir que vayas, ó teme mi enojo.

Vase.

Vuelve en sí como de un sueño.

Fern. ¿Se ha ido ya? ¿Es esta órden digna de un padre? Sí: yo iré... yo la veré. Yo le diré verdades tan terribles... le presentaré un espejo de una fidelidad tan horrorosa... ¡Despreciable criatura! y si todavía insistes en pedir mi mano á vista de toda la nobleza, del pueblo todo, y de la tropa... aunque te veas rodeada de todo el fausto, y de todo el orgullo de la Inglaterra... no te librarás del desprecio de un hijo de la Germania.

Vase precipitadamente.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon en el palacio de Lady Milfort: á mano derecha un sofá, y un forte piano á la izquierda.

SCENA PRIMERA.

Lady Milfort vestida como de casa; pero de un modo ménos decente que elegante: preludia su forte piano; y Sofia mira por la ventana.

Sofia. Los Oficiales se separan, la parada se ha concluido; pero al Mayor por ninguna parte le descubro.

Se levanta, y se paséa con inquietud.

Lady. ¡Yo no sé qué tengo hoy!... ¿No le has visto?... Qué poco se apresurará á venir... Yo no sé... aquí siento *Señala al pecho* como un peso que no me dexa respirar... Como el recuerdo de un delito, así comprime mi corazon... Anda, Sofia, dí que me traigan el caballo mas brioso que tenga el Príncipe... Necesito salir á respirar el ayre libre del campo.

Sofia. Si está vm. indispuesta, ¿por qué no con-

voca vm. una tertulia, ó da una gran comida? No, como yo tuviera el favor del Príncipe, y el séquito de toda su corte, desde luego desafiaba á que no se llegaban á mí ni con cien leguas todas las tristezas del mundo.

Se dexa caer en su sofá.

Lady. No me hables de eso, no: ¿querias tú que yo viese entapizada mi casa con tales figuras? ¡Qué entes tan miserables! Léjos de llamarlos, te daría un diamante cada vez que me disculpases para que yo ni aun los viese. Quando por casualidad se me escapa un dicho ingénuo, una expresion de sensibilidad, enmudecen, y se quedan absortos mirando con la boca abierta.

Sofia. Supongo que á lo ménos exceptúa vm. al Príncipe el amante mas apasionado... el hombre mas galiardo y perspicaz de su pais.

Vuelve de la ventana.

Lady. Porque el pais es suyo... Solo el título de Soberano puede excusar mi debilidad: dices que me tienen envidia. ¡Ah! mejor fuera que me tuviesen lástima. Entre todos los que con un aparato brillante se sacrifican al explendor del trono, la favorita del Príncipe es la víctima digna de compasion. El Príncipe puede hacer

salir palacios de debaxo de tierra... cubrir su mesa de lo mas raro y delicado que produce el mundo... puede transformar los desiertos en deliciosos jardínes; ¿pero sin ser virtuoso puede inspirar heroismo á su corazon? ¿Puede dar elevacion á su genio, ni sensibilidad á su alma? Mi corazon está sediento enmedio de la embriaguez de los sentidos.

La mira con admiracion.

Sofia. ¿Quánto tiempo ha que estoy en casa, Milady?

Lady. Tú te admiras porque hasta hoy no habias empezado á conocerme... Es verdad, Sofia, es verdad que he vendido mi honor al Príncipe; pero he conservado libre el corazon: este corazon que aun puede ser digno de los afectos de un hombre de bien: este corazon en qüien el ayre infestado de la corte no ha hecho mas impresion que la que hace el aliento en la superficie de un espejo. Mucho tiempo hace, creeme, ya ha mucho tiempo que me hubiera huído, si hubiese podido conseguir de mi ambicion que cediese su lugar á otra.

Sofia. ¿Y tan noble corazon se ha sometido con docilidad al imperio de esa ambicion?

Con eficacia.

Lady. No por cierto. Bien se ha vengado y se venga diariamente.

Dexando caer la mano sobre la espalda de Sofia.

¡Sofia! Para nosotras no hay medio, ó reynar ó servir: vé ahí nuestro destino. Mas, por grande que sea el placer de dominar, le mirámos con desden, sino disfrutamos el otro mucho mayor de ser esclavas del hombre á quien amamos.

Sofia. Verdad eterna, y que sin embargo me sorprehende, y aun mas en boca de vm.

Lady. ¿Por qué? No has observado al través de mis caprichos, y de mis locuras, dí, ¿no has descubierto una secreta melancolía que me roe las entrañas? ¿No has notado que estas fiestas que me rodean, esta variedad de diversiones que con tanta rapidez se suceden unas á otras, sirven mas que de alegrarme y distraerme, de aturdirme y sofocar otros deseos mas violentos que se engendran en mi corazon?

Admirada.

Sofia. ¡Milady!

Con viveza.

Lady. Satisface estos deseos. Dame á ese Walter...

ese Walter, cuya imágen tengo aquí gravada: ese Walter que yo adoro, que yo idolatro, de cuya posesion pende mi vida... y yo renuncio al Príncipe, á su corazon, á sus riquezas, al mundo entero; yo me huiré con él á la soledad mas escondida del universo.

La mira asombrada.

Sofia. Por Dios, Milady: ¿qué hace vm.?... ¿Qué tiene vm.?

Admirada.

Lady. ¡Tú te inmutas! Pues aun no te lo he dicho todo: dexa que me asegure de tu discrecion por medio de una confianza ilimitada. Sábelo todo... todo.

Mira con inquietud al rededor de sí.

Sofia. Yo temo, Milady... yo temo... yo no tengo necesidad de saber mas.

Lady. Mi próxîma union al Mayor te parece á tí, y á todo el mundo le parece, no ser mas que el efecto de una intriga de la corte. Pero, ¡ah! Sofia, no te espantes, no me vituperes, es obra de mi amor.

Sofia. ¡Ay Dios! Ya habia yo previsto...

Lady. El astuto Presidente y el necio Mariscal, se han prestado á mis insinuaciones sin echar de

ver el lazo que les armaba el amor. Ambos estan convencidos de que este matrimonio es el único medio de mantener mi crédito con el Príncipe, y de estrechar mas y mas el nudo que á él me liga, baxo esta apariencia de rompimiento... Sí: mas servirá para deshacerle... para romper de una vez los vergonzosos lazos que me oprimen. Pérfidos é incautos cortesanos, una muger os ha burlado... Vosotros mismos tomais por vuestra cuenta entregarme el que yo amo. Eso es lo que deseo... Y una vez mio... teniéndole yo en mis brazos...

Sale un Criado.

Criad. Milady: el Mayor de Walter.

Sofia. ¡Qué es eso! toda se ha inmutado vm.

Lady. Esta es la vez primera que tiemblo á la vista de un hombre.

Embarazada.

Vé, Sofia: dile que estoy indispuesta. No, detente.

Al Criado.

¿Viene contento? ¿Está de buen semblante? ¿qué dice? ¡Ah, Sofia! ¡Qué desaliñada y fea me coge.

Sofia. Milady, ¡por Dios!

Criad. ¿Quiere vm. que le despida?

Valbuciente.

Lady. No: que sea muy bien venido.

Vase el Criado.

Sofia: ¿cómo le recibiré? ¿qué le diré? Yo no podré articular una palabra... Mi pusilanimidad le parecerá ridícula... bien puede ser: ¡qué anuncio éste!... ¡tú me abandonas!... ¡pero sí, vete: no, no: aguarda.

El Mayor atraviesa la antecámara.

Sofia. Serénese vm.: ya está ahí.

SCENA II.

Los mismos, y Fernando Walter.

Despues de una pequeña cortesía.

Fern. Madama: sentiré haber interrumpido á vm., si ocupada en algun asunto...

Lady. Ninguno puede serme tan interesante como la presencia de vm.

Fern. Mi padre me envia...

Lady. Yo le estoy agradecida.

Fern. A anunciar á vm. que debemos casarnos... tal es por lo ménos su intencion.

Pálida y temblando.

Lady. ¿Y la de su corazon de vm.? ¿no es la misma?

Fern. Los cortesanos ni los casamenteros, no es el corazon lo que consultan.

En la mayor inquietud.

Lady. ¿Y vm. por sí no tiene nada que añadir?

Echando una mirada á Sofia.

Fern. Mucho, Milady, mucho.

Hace una seña á Sofia que se vaya, y se va.

Lady. Permítame vm. le ruegue que se siente.

Fern. No seré largo, señora.

Lady. Vm. es muy dueño...

Fern. Yo soy un hombre de honor.

Lady. Que yo sé muy bien apreciar.

Fern. Noble.

Lady. De una de las mejores casas del estado.

Fern. Oficial.

En tono lisonjero.

Lady. De esas prerogativas gozan otros tambien: ¿por qué, pues, pasa vm. en silencio aquellas que siendo mas dignas, solo á vm. le son peculiares?

Con sequedad.

Fern. Porque por ahora no las necesito.

Con una inquietud siempre en aumento.

Lady. Y bien, ¿qué debo yo inferir de ese preámbulo?

Fern. Que de mi parte se deben esperar todas las objeciones, y toda la resistencia que el honor me aconseja, en caso de que se me quiera apremiar á dar á vm. mi mano.

Se levanta con la mas violenta agitacion.

Lady. ¡Qué es lo que oigo, Dios mio!

Fern. El lenguage de mi corazon... de mi nobleza... y de esta espada.

Lady. La espada la recibió vm. del Príncipe.

Fern. Sí, del Príncipe... primero mi corazon de Dios; y mi nobleza de cinco siglos de gloria y de probidad.

Lady. El nombre del Príncipe... su poder...

Con calor.

Fern. ¿Puede el Príncipe prescribir leyes á la humanidad, ni borrar la vergüenza que acompaña á las malas acciones? Cierre con su oro la boca á la murmuracion, oculte su propia ignominia baxo de un exterior que deslumbre: no es superior al honor... Prescindamos de mi linage, de esta espada, y de la opinion pública: yo estoy pronto á despreciarlo todo, siempre que

vm. me convenza de que el premio que me espera por este sacrificio, no es aun mas vergonzoso que el sacrificio mismo.

Retirándose de él con dolor.

Lady. Señor Mayor: no me parece que merezco este tratamiento.

La toma la mano.

Fern. Perdone vm., señora: solos estamos... nàdie nos oye... El motivo que por la primera, y sin duda por última vez: el motivo de que hoy nos veamos me autoriza, y aun me obliga á que descubra á vm. sin reserva mi corazon... Yo no puedo concebir cómo una dama de tanto mérito, con todos los atractivos de la hermosura y del talento, dotada de todas las qualidades mas halagüeñas, no alcanzo cómo puede venderse á un Príncipe, que no admira en ella mas que la diferencia del sexô, quando su corazon hubiera podido hacer la felicidad de un hombre de bien.

Mirándole con admiracion.

Lady. ¿Ha acabado vm.?

Fern. Vm. para excusarse con la vanidad de su sexô... la fuerza de las pasiones... del temperamento..., el atractivo de los placeres... podrá

muy bien decirme, que mas de una vez se ha visto sobrevivir la virtud al honor. Es verdad. Yo sé de algunas que han sabido grangearse la estimacion pública con la nobleza de sus acciones, y la grandeza de sus sentimientos; ennobleciendo en cierto modo su odioso estado con su carácter bienhechor, y con el buen uso que han hecho de su autoridad. ¿Pero de vm. podrá decirse lo mismo? De esto la acusa á vm. mi patria, y yo por ella: he concluído.

Con dulzura y energía.

Lady. Vm. es el primero en el mundo que así se ha atrevido á hablarme; y tambien es vm. el único entre los hombres á quien yo me dignaré de responder... Vm. desprecia mi mano: por lo mismo le estimo á vm. mas: vm. calumnia mi corazon, yo se lo perdono; pero que en efecto piense vm. de mí tan mal, como dice, eso es lo que no creeré jamas; porque el hombre que se atreve á injuriar á una muger, sabiendo que le basta un momento para arruinarle, ó es un insensato, ó reconoce en la misma muger una grandeza de alma poco comun... Vm. me atribuye las miserias del pais. Yo me guardaré de incurrir en la baxeza de vindicarme de

tan fea acusacion. Dios sabe quán injusta es; y llegará el dia en que se nos juzgue al Príncipe, á su pueblo, y á mí... Pero vm. ha vituperado mi conducta; y eso exîge una respuesta.

Apoyado en su espada.

Fern. Deseo oirla.

Lady. Pues oirá vm. lo que hasta ahora no ha oído nadie, ni lo confiaría á quien no fuese vm.... Yo no soy como vm. cree una miserable aventurera; no señor: tambien podría hacer obstentacion de nobleza, y honrarme con mis abuelos, y en una palabra, como quien es descendiente del desgraciado Tomás Norfolk, que pagó con la vida su inviolable propension á María de Escocia... Mi padre, primer Gentil-Hombre de Cámara del Rey, fué acusado de inteligencia con la Francia, preso, condenado y decapitado; fuéron confiscados los bienes de la familia, y desterrados los miembros de ella de todos tres Reynos. El mismo dia que vió caer en el patíbulo la cabeza de mi padre, vió tambien espirar de dolor á mi madre... Yo entónces de catorce años de edad, me huí á Alemania con mi aya, que era la única criatura del universo que por mí se interesaba... todo mi caudal se reducia á

algunas pedrerías que por milagro se pudiéron ocultar, y á esta cruz peculiar á mi familia, que mi madre agonizante ya, escondió en mi seno, echándome su última bendicion.

Fernando se pone mas pensativo, y en sus ojos manifiesta que el interes que toma va siempre en aumento.

Oprimida de dolor, enferma, desconocida, sin apoyo, sin medios, huérfana, extrangera, abandonada; tal era mi situacion quando llegué á Hamburgo. Un poco de frances, algo de música, tal qual habilidad en aquellas ocupaciones que sirven mas de desenfado á las mugeres de mi clase, que de utilidad: á esto se reducian todos mis conocimientos... La memoria de haber disfrutado de todas las satisfacciones, con que puede adular la fortuna en la mayor opulencia, era preciso que me fuese tanto mas dolorosa, quanto era mas lamentable mi situacion... Ya se habian pasado seis años de contínuo llanto: ya se habia consumido hasta la última de mis joyas, quando, ¡ah! murió mi ayá... En esta ocasion tan crítica se presentó el Duque en Hamburgo... le llevó mi destino. Paseábame yo por las márgenes del Oder, consultando á mi tristeza si sería

ménos malo arrojarme á las olas, que vivir tan expuesta á los vaybenes de una vida sembrada de tormentos é infortunios... Vióme el Príncipe... me siguió... logró hablarme.. y echándose á mis pies me juró un amor sin límites.

Con la mayor sensibilidad, y con una voz entre mezclada de sollozos.

Aquí se renováron en mi memoria las pinturas halagüeñas de mi venturosa infancia... Mi corazon por tanto tiempo aislado, anhelaba á encontrar otro que le sobstuviese y le consolase. Un Soberano me abre sus brazos, y yo atónita caigo en ellos.

Apartándose de él.

Ahora condeneme vm.

Sumamente conmovido la sigue, y la detiene.

Fern. ¡O cielos! ¡qué oigo! ¡qué es lo que yo he hecho! No, no es posible que vm. me perdone: yo reconozco...

Vuelve.

Lady. Llegó el Príncipe á sorprehender mi juventud indefensa: es cierto: pero no tardó la sangre de Norfolk á indignarse de semejante oprobrio. ¡Es posible, me gritaba, es posible, Emilia, que tú, en otro tiempo Princesa, des-

ciendas ahora á tal ignominia! El orgullo y la desgracia empezáron á combatir mi corazon agitado. Llegué por fin á esta corte, que ofreció á mis ojos el mas horrendo espectáculo: la avaricia, la disipacion, el luxo, la corrupcion mas escandalosa, en una palabra, todos los vicios conspiraban á la ruina absoluta de este infeliz estado; lo mas sagrado que entre sí tienen los hombres, no estaba á cubierto de la depravacion de los poderosos, ni de la ambicion de los favorecidos. Yo intercedí: yo rogué; y por fin supe arrancar al Príncipe un solemne juramento, de que pondria término á tanta iniquidad.

Con la mayor agitacion.

Fern. Basta, Milady, basta: no me diga vm. mas.

Lady. A este estado de cosas era consiguiente otro no ménos abominable. Pero basta de horrores: vm. no puede ignorarlo: vm. es preciso que convenga en que con mi arribo le vino al estado un númen tutelar, y que desde entónces empezó á sentir los efectos de una mano bienhechora.

Con la mayor sensibilidad.

Pero, Walter... ¿es posible que el único de entre los hombres, á cuya estimacion anhela mi corazon, éste mismo con sus vituperios me pon-

ga en la precision de hacer alarde de unas acciones, cuyo mérito y recompensa debian permanecer eternamente sepultadas en mi memoria? Sí, Walter: no hay en toda mi conducta un defecto que no haya borrado con un rasgo de bondad, ó de grandeza de alma: ninguno á que no pueda oponer una accion sublime. Y sin embargo, vm., el único que podia ser mi recompensa, y que el cielo parecia haber criado solo para premiar mi largo padecer, el único objeto digno de mi corazon, á quien adora de dia, á quien idolatra de noche, y á quien enmedio de mis sueños...

La interrumpe.

Fern. Basta, Milady, basta. Esto ya es contra lo que convenimos: vm. solo debia sincerarse, y ahora me convence de culpable. Perdone vm. Milady: yo se lo suplico... no atormente vm. mas un corazon, que la vergüenza y el pesar estan devorando... Disimule vm. que...

Le detiene tomándole la mano.

Lady. Walter, ahora ó nunca. Ya ha visto vm. cómo he pintado la heroyna: conozca vm. la muger; y si es posible, conozca vm. el valor de estas lágrimas. *Con la mayor ternura.*

Oye, Walter: quando una desgraciada muger, atraída á tí por una fuerza irresistible, viene á apoyar en tu seno su pecho encendido de amor y de ternura, ¿te parece á propósito ni aun pronunciar el frio é insignificante nombre de honor? Y si esta muger infelice, á quien ya la es insufrible la memoria de su flaqueza, resuelta á abandonar la senda del vicio, se echa en tus brazos, te suplica, te ruega que la salves, que la arranques de la infamia, y la restituyas á la virtud y á la felicidad:

Se aparta de él repentinamente, y con voz trémula.

dí, Walter, ¿tendrias la crueldad de reducirla á la desesperacion, y de exponerla con tu desprecio inhumano á maldecir el instante en que te conoció, y á que por olvidar tu memoria se precipitase en despique en un abismo de crímenes aun mas abominables?

Fern. Ya no puedo, no me es posible oir á vm. mas. Es necesario, Milady, es preciso que yo tambien la descubra mi corazon.

Apartándose de él.

Lady. No ahora en que mil saetas despedazan el mio. Sea la sentencia de mi muerte, ó sea la de

mi vida, yo no me atrevo, no me siento con valor para oirlo.

Fern. Me es indispensable para disculpar mi falta, y conseguir que vm. olvide la precipitacion é injusticia con que la he tratado. Yo creía... es verdad... aun diré mas: yo deseaba encontrar una muger digna de mi desprecio: resuelto á ofenderla solo vine á excitar y merecer su ódio. Oxalá, Milady... ¡felices ambos si así hubiera sido!

Despues de una pausa continúa á media voz.

Yo amo, Milady: yo amo á una jóven; plebeya. Sí: yo amo á Luisa Miller, hija de un músico.

Lady se aparta inmutada, y Walter continúa con mas viveza.

Yo sé muy bien el abismo en que esta pasion me precipita: pero mi prudencia ha previsto los riesgos, y mi obligacion sabrá superarlos. Yo soy el único culpable, yo la arranqué del seno de la paz en que descansa la inocencia: yo he seducido su imaginacion, inspirándola temerarias esperanzas: yo he entregado su corazon á la violencia de las pasiones: vm. podrá recordarme mi estado, mi nacimiento, los principios de mi pa-

dre; ¡pero yo amo! Verémos si la preocupacion puede mas que el amor...

Lady durante este discurso se ha retirado al fondo de la sala, y se cubre la cara con las manos: Fernando la sigue.

¿Tenia vm. que decirme algo, Milady?

Sintiendo el mas vivo dolor.

Lady. Nada, señor Mayor, sino es que vm. se pierde á sí mismo, me pierde á mí, y pierde á esa inocente.

Fern. ¡A esa inocente!

Lady. Juntos los dos, nos es imposible ser felices: es, pues, necesario resolvernos á ser víctimas de la precipitacion del Presidente. Jamas llegaría yo á poseer el corazon de un hombre, que solo la fuerza le hubiera hecho darme la mano.

Fern. ¿La fuerza?... No la hay tan grande, que bastára... Además de que, ¿podría vm. abatirse á recibir la mano de un hombre sin poseer su corazon?

Lady. No: si no fuera preciso.

Con firmeza.

Yo hubiera sacrificado por vm. mi amor; pero no puedo sacrificarle mi honor. La noticia de

nuestro casamiento se ha esparcido por todo el estado, y se ha hecho el asunto de todas las conversaciones. El desprecio de un vasallo del Príncipe vendría á serme la mas atroz injuria... Opóngase vm. á su padre, resístale quanto pueda: emplee vm. su talento; yo usaré de mis arbitrios.

SCENA III.

El teatro representa la habitacion de Miller.

Miller, su muger y Luisa.

Miller al entrar dice en tono inquieto é irritado.

Miller. ¿No lo habia yo dicho desde luego?

Turbada.

Luisa. ¿El qué, padre, el qué?

Miller. Pronto: mi vestido nuevo... un pañuelo blanco... No hay que hacer... es preciso anticiparme... ¡Ya lo habia yo previsto!

Luisa. ¿Pero el qué, padre? ¡por Dios!

Mad. ¿El qué? ¿qué habias tú previsto?... ¿qué es eso? ¿qué hay ahora de nuevo?

Arroja su peluca enmedio de la sala.

Miller. Que la lleven al peluquero... ¿Qué hay

ahora? *Mirándose á un espejo.*

¡Que no me haya yo afeytado!... Qué hay, ¿he?... Que todos los diablos han salido del infierno... y tú eres... tú, la que los ha llamado.

Mad. ¿Yo?... Siempre he de tener la culpa.

Miller. Sí, tú: ¿No te acuerdas de las habladurías que tuviste esta mañana?... ¿No te lo dixe?... Ya ha ido Rampe con el chisme.

Mad. ¿Y de qué lo sabes tú?

Miller. ¿De qué?... Abaxo tienes un criado del Presidente que pregunta por el músico.

Luisa. ¡Ah! el susto me mata.

Miller. Tambien tú con esa caídita de ojos... Ya se vé. ¡Qué bien dice el adagio! ten hija bonita, y no te faltarán sobresaltos. ¡Dígalo mi corazon!

Mad. ¿De qué infieres que en esto tenga parte Luisa? Acaso te habrán recomendado al Duque para que te dé alguna plaza en su orquesta.

Furioso.

Miller. Mal rayo te caíga á tí, y á tu orquesta.

Siéntase en una silla.

¡Jesus, Dios mio! ¡Jesus!

Se dexa caer en otra silla.

Luisa. ¡Madre mia!... ¡padre! El sobresalto no me dexa... respirar.

Se levanta.

Miller. Pobre de él si me le encuentro... sí: yo le aseguro al maldito escribas... Dios quiera que le eche la vista encima, que quando no le rompa hasta el espinazo... No: por bien que libre, yo apuesto que llega el dia del juicio, y todavía no se le han borrado las señales.

Mad. ¿A qué viene ahora el jurarselas, ni estar ahí renegando?... ¡Dios mio, tened piedad!... ¡Qué harémos! ¡qué vendrá á ser de nosotros! ¡qué medios tomaríamos!

Miller. El ir al instante á estar con el Ministro, prevenirle y instruirle de todo... tú no ignorabas la conexîon que con él tiene: todavía era tiempo de... pero sí: tú en lugar de apagar el fuego le has atizado: mira ahora si puedes salvarte, y sino muerete como puedas... Tú te tienes la culpa. Yo voy á coger á Luisa debaxo del brazo, y ver si podemos ganar la frontera.

SCENA IV.

Los mismos, y Fernando corriendo, asustado y desalentado.

Fern. ¿Ha estado aquí mi padre?

Asustada.

Luisa. ¡Tu padre!

Juntas las manos, exclama.

Mad. ¡El Prisidente! Ya no hay remedio!

Con una risa rabiosa.

Miller. ¡Bendito sea Dios! Ya llegó la hora.

Estrecha á Luisa entre sus brazos.

Fern. Tú eres mia, aunque todo el infierno se conjure.

Luisa. Mi muerte es inevitable... acaba... tú has pronunciado un nombre terrible. ¡Tu padre!

Fern. Nada, nada. Yo he sido superior á mí mismo... Vuelvo á verte... debe olvidarse todo. ¡Ah! déxame respirar en tus brazos... Es cierto que el lance fué terrible.

Luisa. ¡Qué lance! Tú me matas á sustos.

Con una mirada expresiva.

Fern. El en que nuestros corazones iban á separarse para siempre.

Luisa cae desmayada en una silla: Fernando corre hácia ella, y se queda enfrente inmóvil, y con los ojos medio espantados: despues se aparta de ella repentinamente, y prorumpe con la mayor vehemencia.

¡Lady Milfort! padre mio: todos vuestros es-

fuerzos son inútiles. Jamas podré yo hacer un sacrificio de la inocencia, ni violar un solemne juramento hecho á la faz del cielo... ¡Yo sacrificar este ángel! ¡Yo introducir en un seno angelical los tormentos del infierno! Eso no. Yo la conduciré al trono del omnipotente, y él me juzgará *La levanta de la silla.*

Animo, Luisa, ánimo: tu amante ha triunfado, y á tí te debe la victoria.

Luisa. No, Fernando, no me ocultes nada: acaba de pronunciar mi muerte: tú has nombrado á tu padre: tú has hecho mencion de Lady Milfort... ¡El temblor de la muerte se apodera de mí! se dice que Lady está para casarse.

Se echa á sus pies.

Fern. ¡Conmigo, desgraciada Luisa!

Despues de una pausa, con una tranquilidad desesperada, señalando á su padre.

Luisa. ¡Quántas veces no me lo habia dicho éste desgraciado viejo, y yo no habia querido creerle!

Otra pausa, y despues se arroja repentinamente en los brazos de su padre.

¡Padre mio! Yo le restituyo á vm. su hija... Perdóneme vm... yo tengo la culpa.

Cae desmayada.

Miller. ¡Luisa, Luisa! Ha perdido el sentido... ¡Luisa, hija mia!... ¡Mal haya quien tiene la culpa, y la madre que á esto ha dado lugar!

Mad. ¿Merezco yo esta maldicion, hija mia? Dios se lo perdone á vm., señor Baron. ¿Qué le ha hecho á vm. esta inocente para que así la sacrifique?

Miéntras habla, va Luisa volviendo en sí.

Fern. Yo desharé sus intrigas, y destruiré sus proyetos: mi eleccion será la de un hombre libre.

Quiere irse.

Se levanta como aturdida.

Luisa. ¿Dónde vas? ¿qué haces? ¿ahora nos abandonas?

Le sigue, y le detiene.

Mad. Ahora que va el Presidente á venir... á maltratar á nuestra hija, y á maltratar á todos: ¿ahora es quando vm. quiere abandonarnos?

Vuelve, da algunos pasos pensativo y agitado.

Fern. Yo lo conozco: el poder del Presidente es inmenso: el derecho paternal no tiene límites: acaso llegará su obstinacion hasta el furor, y su enojo hasta la crueldad... ¡No importa! mas léjos irá mi amor... Luisa, dame tu mano... Yo juro por el cielo que nos oye, que nada bastará

á desunir nuestros corazones miéntras no me arranquen la vida.

Luisa. ¡Yo me extremezco! Tiemblan tus labios, y tus ojos estan cubiertos de un furor sombrío.

Fern. Nada temas, Luisa. Yo he tomado mi partido: mi resolucion es inmutable: yo te amo, tú serás mia... Por ahora me voy á ver con mi padre. A Dios...

Vase precipitadamente, y encuentra al Presidente que entra.

SCENA V.

Los mismos, y el Presidente, seguido de muchos domésticos.

Al entrar.

Presid. Aquí está.

Todos se quedan absortos.

Da hácia atrás algunos pasos.

Fern. En el asilo de la inocencia.

Presid. En donde el hijo debe obedecer á su padre.

Fern. Dándole los medios de hacerlo...

Le interrumpe, y pregunta á Miller.

Presid. ¿Es vm. el padre?

Miller. Yo me llamo Miller: mi exercicio músico de la ciudad.

A Madama.

Presid. ¿Y vm. la madre?

Mad. ¡Ay de mí! Sí señor, la madre.

A Miller.

Fern. Llévese vm. á su hija: apártela vm. de aquí.

Presid. Es inútil... yo la haré volver.

A Luisa.

¿Quánto tiempo hace que vm. conoce al hijo del Presidente?

Luisa. Yo jamas me he informado de quien era su padre. Fernando de Walter me visita desde el mes de Noviembre.

Fern. Dí mas bien, que te adora.

Presid. ¿Le ha ofrecido á vm. algo?

Luisa. Ahora mismo acaba de hacerme la mas solemne promesa á la faz del cielo: acaba de jurarme un eterno amor.

Fern. Y yo sabré cumplirlo.

Presid. Que no sea necesario mandártelo dos veces: calla.

A Luisa.

¿Y vm. admitió su juramento?

Luisa. Y le hice otro igual.

Con firmeza.

Fern. El pacto está concluído.

Echa una terrible mirada á Fernando: despues volviéndose á Luisa, la dice en tono de mofa.

Presid. ¿Supongo que siempre la habrá pagado á vm. corrientemente?

Luisa. Yo no entiendo lo que en eso...

Con una sonrisa de desprecio.

Presid. No, ¿he? pues en eso quiero dar á entender que como el vulgo dice: cada estado tiene sus ventajas, y cada oficio sus provechos... Vm. no creo que haya dispensado gratuitamente... sus favores.

Furioso.

Fern. ¡Justos cielos!

Al Mayor con indignacion y altivez.

Luisa. Señor Mayor, vm. está libre.

Fern. Padre, la virtud merece que se la respete, aunque se la halle entre la miseria.

Se echa á reir.

Presid. ¡Graciosa máxîma! Con qué el padre debera respetar á una infeliz... que sirva á su hijo de...

Cae en tierra como si la hubiera herido un rayo.

Luisa. ¡Dios mio!

Echa mano á la espada, y saca hasta la mitad.

Fern. Padre, á vm. le debia la vida.

Mete toda la espada en la vayna.

Véala vm. aquí pagada.

A quien su timidez le habia tenido hasta ahora á alguna distancia, se acerca al Presidente con la mayor intrepidez, ya crugiendo los dientes, y ya temblando de asombro.

Miller. Perdone V. E., señor: ésta es hija mia, y tratarla de infeliz, es dar una bofetada á su padre: y acá entre nosotros una bofetada, merece...

Lamentándose.

Mad. ¡Dios mio! Tened piedad de nosotros. Tambien él se dexa llevar... perdidos somos.

Que solo ha medio entendido á Miller.

Presid. ¿Qué quiere? ¿qué dice este miserable? Ahora me entenderé contigo, y te daré el premio de tus viles condescendencias.

Furioso.

Miller. Señor. Vea V. E....

Le interrumpe.

Mad. ¡Por Dios: calla! tú nos perderás á todos.

Fern. Padre, para hacer este papel bien podia vm. haber traído ménos testigos.

Desde mas cerca, y con mas corage.

Miller. En una palabra, señor: V. E. gobierna á su modo el Estado, y á fé que yo no me meto en nada de eso: pues sepa V. E. que esta habitacion es mia, y yo soy su amo.

Con una íra á medio descubrir se dirige á Miller amenazándole.

Presid. ¿Qué es lo que dices?

Se hace atrás poco á poco.

Miller. Lo que decia era que mi opinion...

Con toda la fuerza de su furor.

Presid. ¡Ah, despreciable criatura! Tú pagarás este atrevimiento donde no quieras.

A su comitiva.

Buscad los ministros.

Salen muchas personas.

El padre á un calabozo: á la argolla madre y hija... El ultrage ha sido atroz, el castigo será horrible... Unos desdichados destruirán mis proyectos, y separarán al padre del hijo... ¡Temblad infelices! ¡Solo vuestra ruina podrá aplacar mi íra! Yo os sacrificaré todos á mi venganza.

Se pone entre Miller y su hija, y en tono firme.

Fern. No tengais miedo, yo estoy á vuestro lado.

A su padre en tono respetuoso.

Padre mio: no se precipite vm., si vm. se respeta á sí mismo; y sobre todo evite vm. toda violencia...

Presid. Calla, hijo indigno: no irrites mas mi enojo.

Despues de un profundo recogimiento.

Miller. Muger, cuida de tu hija. Yo voy corriendo á echarme á los pies del Príncipe... El sastre de Cámara... el cielo me ha deparado este medio... El sastre de Cámara es uno de mis discípulos... él me facilitará que le hable... Verémos si de este modo...

Quiere irse.

Presid. ¡Hablar al Príncipe! ¿No sabes que solo por mi medio puede conseguirse? ¡Al Príncipe! ¡Majadero! Atrévete á intentarlo, si quieres que te mande sepultar vivo en el mas profundo calabozo del estado.

SCENA VI.

Los mismos, y los Ministros de justicia.

Acude á coger á Luisa que cae desmayada en sus brazos.

Fern. Luisa, Luisa. Ella se rinde al dolor.

Miller coge su baston, se pone el sombrero, y se prepara al ataque. Madama se echa á los pies del Presidente.

A los Ministros, señalando la insignia que lleva al pecho.

Presid. En nombre del Duque... Agarrad... llevad arrastrando esa misarable, esté ó no desmayada... Haced que se la ponga á la vergüenza.

Se arrodilla.

Mad. Misericordia, señor Excelentísimo, misericordia.

Levanta á su muger del suelo.

Miller. Arrodíllate á Dios: ¡qué esperas! ¿no me ves ya condenado y entre cadenas?

Mordiéndose los labios.

Presid. Acaso te engañas: todavía caben algunos en la horca.

A los Ministros.

¿Es necesario que os repita mis órdenes?

Los Ministros quieren agarrar á Luisa.

Se pone delante, y tira de la espada con la vayna para defenderla.

Fern. Veamos si hay alguno tan pródigo de su vida que se atreva á llegar á ella.

A su padre.

Tenga vm. piedad de sí: mire vm. por mí: no lleve vm. tan al cabo las cosas.

Amenazando á los ministros.

Pres. Cobardes: sino quereis quedar sin empleos...

Los ministros se echan de nuevo sobre Luisa.

Fern. Ardo en íra... Nadie se llegue, repito: deteneos... Padre mio... Tenga vm. piedad de sí, no me precipite vm. mas.

Furioso.

Presid. Veamos si ese acero tampoco á mí me respeta.

El Presidente por sí mismo la coge en sus brazos, y la entrega á un ministro.

Llevadla.

Fern. Si vm. la manda poner á la vergüenza habrá de ser con el Mayor, hijo del Presidente... ¿insistirá vm. en ello?

Presid. Tendrá mas que ver el espetáculo... Llevadla.

Fern. Yo echo sobre ella mi espada de Oficial... ¿insistirá vm. todavía?

Presid. En tus manos se ha infamado la espada... Llevadla: ya sabeis mis órdenes.

Aparta á un ministro, agarra á Luisa con un brazo, y con el otro amenaza atravesarla con su espada.

Fern. ¡Padre mio! ántes la abriré yo mismo el pecho, que permitir que se infame á mi esposa inocente... ¿insistirá vm. todavía?

A los ministros.

Presid. Arrancadla de sus brazos: llevadla arrastrando.

La suelta, y levantando los ojos al cielo.

Fern. Dios omnipotente, tú me eres testigo de que he empleado sin fruto todos los medios que la humanidad podia sugerirme... Uno solo me res-

ta... él es terrible... infeliz es... Voy á usar de él.

Al Presidente.

Vm. la envia á la afrenta... pues yo voy á publicar por toda la ciudad

Con voz y ojos expresivos.

de qué modo llegó vm. á ser Presidente.

Vase.

Yerto de asombro.

Presid. ¡O cielos!... ¡Cómo! ¡qué! ¡Fernando!... Soltadla... Dexadla en libertad.

Corre tras el Mayor.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un salon en casa del Presidente.

SCENA PRIMERA.

El Presidente y Rampe entran en la escena hablando.

Rampe. No señor: yo siempre dudé mucho del éxîto.

Presid. Pues yo le creí infalible; y es menester que vm. convenga en que el arbitrio, al paso que

era sencillo, logrado hubiera sido el mejor. Ya se vé... infamada publicamente la muchacha, siendo él Oficial, le estaba prohibido... le era absolutamente imposible casarse con ella.

Rampe. Permítame V. E. ser de otro dictámen: yo no dudo que es de la astucia de la que hemos de sacar partido con el señor Mayor; no de la fuerza; y ó yo no conozco el corazon humano, ó él es zeloso tan delicado como apasionado amante.

Presid. ¿Y de ahí qué?

Rampe. Que haciéndole sospechosa la fidelidad de su querida, nos será todo fácil.

Presid. ¿Y eso cómo?

Rampe. Por medio de una carta.

Presid. ¿Y de quién ha de ser esa carta? ¿á quién ha de dirigirse, y con qué objeto?

Rampe. De la misma muchacha, escrita á otra persona, colmándola de caricias, para que disponiendo que llegue á manos del Mayor, al momento la deteste.

Presid. ¡Qué disparate! ¿Cómo se ha de conseguir que ella misma escriba la sentencia de su muerte?

Rampe. Eso queda por mi cuenta, si V. E. me lo

permite. Con esas gentes se ha de emplear la autoridad y el rigor: la dulzura y la astucia con el señor Mayor: además de que en esto no ha de intervenir para nada.

Presid. Explíquese vm. mas: veamos ese plan.

Rampe. Lo que á V. E. acaba de pasarle, nos da márgen á emprehenderlo todo. Se va á su casa, se les exâgera el atentado de ultrajar á un valido del Príncipe, su guarda-sellos: á un Presidente. Se trata de causa criminal, de cárceles, prisiones, y aun de la misma horca: se intimidan todos, se ponen presos los padres: gime, llora la hija: tiembla, duda; y esta es la ocasion de exîgir de ella, no una carta, ciento escribirá por la libertad de su padre, á quien adora: si lo sabré yo que la conozco.

Presid. ¿Está vm. delirando? ¿Pues no conoce vm. que Fernando descubrirá al instante la maraña, y mas furioso nos amenazaba mayor riesgo?

Rampe. ¡Qué! ¡No señor! Si ántes de ponerles en libertad se les ha de exîgir juramento de guardar sobre todo el mayor sigilo.

Presid. ¿Y qué fuerza tiene un juramento para que en él nos asegurémos?

Rampe. Para nosotros ninguna: para esa gente la mayor... Así se conseguirá, no solo que el señor Mayor la aborrezca, sino que entónces se tendrán por muy dichosos de que yo con mi mano quiera soldar las quiebras que puede haber padecido la honra de la muchacha.

Se rie moviendo la cabeza.

Presid. Yo me doy por vencido: la trama está urdida con una perfidia verdaderamente infernal: el discípulo se aventaja al maestro... Pero aun nos falta acordar de quién la hemos de suponer apasionada: ¿á quién se ha de dirigir la carta?

Rampe. Al Mariscal de la corte: yo no veo nadie á quien mas le interese por todos términos que á él.

Presid. Dice vm. bien: no hay duda: voy á enviarle recado de que se pase por aquí.

Rampe. Pues miéntras V. E. expide la órden para hacer las prisiones, voy yo á poner la carta.

Llama.

Presid. Antes de hacer uso de ella, traigamela vm.

Vase Rampe.

El Presidente escribe: entran dos criados y le da á uno el papel.

Al instante entrega esta órden á un alguacil;

Al otro criado.

y tú vé de mi parte á decir al Mariscal, que me haga el favor de llegarse acá.

Criad. Su coche acaba de parar á la puerta.

Presid. Tanto mejor.

Al criado que entregó el papel.

Que todo se haga sin ruido, y sin escándalo: cuídado.

Criad. Muy bien, señor.

SCENA II.

El Presidente, y el Mariscal.

Muy ocupado.

Mar. Solo de paso, amigo: solo de paso. ¿Cómo está vm.? ¿Va vm. esta noche á la opera?

Presid. No es mala opera la que hay en mi casa. Ahora mismo estaba mandando que fuesen á llamar á vm., para que se encargase de un negocio, cuyo éxîto debe colmar nuestra fortuna, ó arruinarnos á ambos.

Mar. Me ha dexado vm. temblando.

Presid. Pues no hay otro arbitrio. Vm. sabe mis proyectos. Vm. sabe quanto nos importaba encadenar la fortuna con la boda de mi hijo; pues todo se ha perdido... Todo lo ha trastornado... Dice que no quiere... Sí señor: él está enredado con otra.

Mar. Y bien: ¿qué inconveniente es ese? ¿pues qué, el que tenga trato con una, se opone á que se case con otra? No estamos viendo todos los dias...

Presid. Pues eso le parece á él que es un delito atroz... oígale vm.... oígale vm.

Mar. ¿Qué diablos puede responder que merezca la pena?

Presid. ¿Qué? que descubrirá á todo el universo los medios secretos que han servido á nuestra elevacion: que manifestará nuestras cartas supuestas: nuestras falsas libranzas: en una palabra, que no habrá cosa que no descubra... Eso es lo que puede responder, eso es lo que ha respondido, y eso lo que iba á hacer, si yo no le hubiera contenido con mi dulzura, y aun con mi sumision. ¿Qué le parece á vm.?

Absorto.

Mar. Estoy confundido.

Presid. Lo peor es, que la cosa urge: acaban de comunicarme mis espías, que el gran sumiller Bok, aspira en secreto á obtener la mano de Lady Milfort.

Mar. ¡Jesus! perdidos somos... nuestro mayor enemigo... el hombre que mas detesto... será nuestra ruina... todo lo perdemos.

Presid. Por eso importa tanto el evitarlo.

Mar. ¿Pero no discurre vm. algun medio?

Presid. Solo uno, y depende de vm.

Mar. Al instante... yo me ofrezco.

Presid. Pues se reduce á hacer sospechosa á mi hijo la fidelidad de su querida.

Mar. ¿Y de qué modo?

Presid. Haciéndole á ella que escriba de su puño una carta para vm., y que con el mayor disimulo la dexe vm. caer donde precisamente él la coja.

Mar. En la parada, sacándola con el pañuelo.

Presid. ¡Muy bien! ¡excelente! Pero es necesario que siga vm. haciendo el papel de amante favorecido.

Mar. Eso queda de mi cuenta.

Presid. Pues bien. Dentro de una hora estará la carta... Pásese vm. por aquí, ó yo se la enviaré.

Mar. Ya no me faltan mas que diez y seis visitas; pero son todas de la mayor conseqüencia... Disimule vm. que le dexe tan pronto.

Presid. ¡Mariscal, cuidado! que cuento con su prudencia de vm. *Llama.*

Mar. ¿Vm. me conoce? pues viva tranquilo.

Vase.

SCENA III.

Presidente y Rampe.

Rampe. Ya quedan presos el músico y su muger: todo se ha hecho con el mayor sigilo... ¿Gusta V. E. de repasar la carta?

Despues de haber hecho mil demostraciones de aprobacion leyendo la carta.

Presid. Todo se va disponiendo á medida de nuestro deseo: el Mariscal á todo está dispuesto... No hay que hacer: una trama tan bien urdida, es capaz de trastornar la cabeza mejor organizada. Ahora vaya vm. á exîgir del padre las condiciones que hemos acordado; y despues á dictar á la hija la carta, cuyo modelo deberá ser éste.

Le vuelve el papel, y cada uno se marcha por la puerta opuesta.

SCENA IV.

El teatro representa la habitacion de Miller.

Fernando y Luisa.

Luisa. No, dexame: ya se han desvanecido todas mis esperanzas: mi felicidad se ha huído.

Fern. Y la mia se ha acercado... Mi padre está furioso: no dudo que emplee contra nosotros todo su poder, y su grande autoridad. ¡Ah! me forzará á ser inhumano: yo no respondo de mi sufrimiento. La injusticia, la rabia, y la desesperacion pueden de un momento á otro arrancarme el secreto de sus crímenes, y obligarme á que yo mismo ¡qué horror! ponga su cuello baxo el cuchillo de las leyes. Solo una necesidad tan urgente podia disculpar acusacion semejante... Oye Luisa... Una imágen, una idéa grande, temeraria, como lo es mi pasion por tí, absorve todas las facultades de mi alma... Tú, yo y el amor: vé ahí mi cielo, mi felicidad, mi universo entero. ¿Tienes mas que desear?

Luisa. Nada. Pero tus palabras me hacen temblar.

Fern. ¿A qué mendigar la aprobacion, ni consultar las vanas preocupaciones de un mundo de

quien nada tenemos que esperar? ¿Por qué no hemos de aventurarnos á ganarlo todo, quando no nos exponemos á perder nada? ¿Será ménos firme tu corazon, tus ojos ménos vivos, y ménos penetrantes tus miradas á las orillas del Elva ó del mar Báltico, que lo son á las márgenes del Rin? Mi patria será aquella en que yo me vea amado de mi Luisa: y yo espero que el mismo Dios velará sobre nosotros, y nuestras almas levantadas á él en el silencio de la noche nos atraerán sus bendiciones... Cada sonrisa tuya será para mi un siglo de felicidades.

Luisa. ¿Y no tienes ninguna otra obligacion á que atender?

Fern. La mas estrecha de mis obligaciones es el amor.

Con la mayor seriedad.

Luisa. Pues de ese modo, dexame... A mí me queda un padre, sin medios, sin proteccion, sin otro apoyo que su hija... un padre sexâgenario... expuesto á toda la venganza del tuyo.

La interrumpe prontamente.

Fern. Tu padre nos seguirá: hoy mismo he reducido á oro todas quantas alhajas preciosas tenia. Esta noche á las doce en punto, vendrá

un coche á tu casa... entramos, y nos huimos.

Luisa. ¡Nos huímos! ¿Malditos de tu padre... maldicion tan terrible, como que sus horrorosos efectos nos irian siguiendo á todas partes? No, Fernando: si el que seas mio ha de ser á costa de un crímen, todavía me siento con valor para dexarte.

Fern. ¡Sería posible!

Luisa. ¡Dexarte! ¡ó! Esta idéa me es la mas dolorosa, la mas insoportable... mas nadie dexa lo que no ha poseído; y tu corazon pertenece al honor, á tu padre y á tu patria: mis pretensiones eran temerarias: yo renuncio á ellas por mas que me pese.

Mordiéndose los labios.

Fern. ¡Renuncias á ellas!

Con dulzura y energía.

Luisa. ¿Por qué vuelves los ojos? ¿á qué morderte los labios? Permíteme que te aníme con mi exemplo: déxame envanecer de la gloria de haber restituído un hijo á su padre... de haber tenido valor para romper el nudo de que pendia toda mi felicidad. Sola yo tengo la culpa: deseos indiscretos, esperanzas temerarias me han seducido... y han perturbado mi alma... Dexa, pues, que

sea mi castigo la desgracia... Anímate, Walter: ten valor en este momento en que debemos separarnos para siempre... Conozco tu corazon, tu amor extremado... empleale en otra mas digna de poseerle... ella será sin duda la mas venturosa de su sexô.

Ocultando algunas lágrimas que se desprenden de sus ojos.

Ya no volverémos á vernos.

Le alarga la mano volviendo la cara.

A Dios, Walter.

Saliendo de un profundo recogimiento.

Fern. Mi resolucion está tomada: yo dexo mi patria: dí; ¿me seguirás?

En el fondo del teatro se arroja á una silla, y se tapa la cara con las manos.

Luisa. Mi obligacion me prescribe permanecer y sufrir.

Fern. Tú me engañas, ¡pérfida! otra inclinacion será la que aquí te detenga.

Con la mayor sensibilidad.

Luisa. ¡Cabe en tí tal sospecha!... Acaso no fuera tan desgraciada.

Fern. ¡Tanta frialdad, á tanto amor! ¡al mayor interes, tanta indiferencia! No: algun otro cauti-

va tu corazon. Infeliz de tí y de él, si lo que no es mas que sospecha...

Vase precipitadamente.

SCENA V.

Luisa sola: despues de haber estado algunos instantes inmóvil en la silla, se levanta, y se acerca á la escena, mirando tímidamente al rededor de sí.

Luisa. ¿Dónde podrán estar? Mi padre que en pocos minutos debia estar de vuelta, ya hace dos horas mortales que salió... ¿Si le habrá sucedido algo?... Un sobresalto, un rezelo, un temor interior me hace presentir...

Rampe entra, y se detiene en el fondo sin ser sentido de Luisa.

No será nada... Nuestra imaginacion agitada se asusta de las fantasmas que crea.

SCENA VI.

Luisa, y Rampe acercándose á ella.

Rampe. Buenas tardes, señorita.

Luisa. ¡Dios mio! ¿qué voz es esta?

Alcanza á ver á Rampe, y retrocede asustada.

Mis rezelos empiezan á realizarse.

A Rampe, echándole una mirada de desprecio.

¿Vm. buscará al Presidente? Ya no está aquí.

Rampe. Es vm. á quien busco.

Con la mayor frialdad.

Luisa. ¿Y qué es lo que á vm. se le ofrece?

Rampe. Su padre de vm. me envia...

Luisa. ¡Mi padre!... ¿Pues qué hace? ¿Dónde está?

Rampe. Donde no quisiera.

Luisa. ¡Ay Dios! Hable vm. ¿Dónde está mi padre?

Rampe. Pues vm. se empeña en saberlo... en la cárcel.

Levanta los ojos al cielo.

Luisa. ¿Todavía me faltaba esto? ¡Dios mio! En la cárcel dice vm..?... ¿y por qué?

Rampe. Porque el Duque lo ha mandado.

Luisa. ¿El Duque?

Rampe. Sí señora: para castigar el ultrage que hizo á su Real Persona en la de su ministro, y la rebelion descubierta...

Luisa. ¡Ultrage!... ¡Mi padre rebelion!... Sí: ya lo entiendo. Yo habia perdido al Mayor; pero me quedaba mi padre: ¡mas ahora! ¡Ay de mí! ¡Dios omnipotente, fortalece mi fé vacilante!... ¿Y Fernando?

Rampe. Fernando dará la mano á Lady Milfort, ó recibirá la maldicion de su padre.

Luisa. ¡Cruel alternativa!... y sin embargo, no es tan infeliz como yo... ¡Qué persecucion tan atroz!... ¡Mi padre acusado de rebelion: mi amante ó en otros brazos, ó maldito y desheredado de su padre!... ¡Mi desventura llegó á su colmo! Pero no: aun falta algo... ¿Dónde está mi madre?

Rampe. En la galera.

Exclama.

Luisa. ¡Ah, madre mia! que lamentables son los efectos del indiscreto cariño que á tu hija has tenido.

Una pausa.

Ahora sí que es completa... nada falta, nada.

Otra.

¿Tiene vm. alguna noticia mas que darme? No se detenga vm., dígamela.

Rampe. Vm. sabe lo que ha pasado...

Luisa. Pero no lo que falta que pasar.

Le mira de pies á cabeza, y en tono de lástima y desprecio.

¡Hombre impío! ¡qué papel tan exêcrable estás haciendo! Vaya, acaba, dime: ¿qué mas puede sucederme?

Rampe. No sé.

Luisa. ¿Pero no acaba vm. de dicirme no sé qué, de ultrage y rebelion contra el Soberano? Acabe vm... ¿Qué le amenaza á mi padre?

Rampe. Una causa criminal.

Luisa. ¿Y qué es eso de causa criminal.

Rampe. Una sentencia que decide de la vida ó la muerte del acusado.

Se entra en un quarto del lado.

Luisa. No pasa de aquí.

Sorprehendido.

Rampe. ¿Qué querra hacer? ¿dónde ira?

Vistiéndose para salir á la calle.

Luisa. Perdone vm.... voy á salir, y quiero cerrar la puerta.

Rampe. ¿Dónde tan de priesa?

Luisa. A echarme á los pies del Duque; á llorarle la desgracia que origina una perfidia; á clamar por la inocencia.

Rampe. Vaya vm., vaya vm. Lo mejor que puede vm. hacer es eso.

Se detiene repentinamente.

Luisa. Dice vm. que vaya...

Se acerca.

algun riesgo me amenaza quando él me lo aconseja. Ya mi corazon me anuncia... ¡Qué indignidad! Eso no... ¡Padre mio! El Todo Poderoso te proteja: tu hija sabrá morir por tí: no infamarse.

Rampe. ¿Así le abandona vm.?... ¡Cierto que corresponde vm. bien á sus esperanzas! Mi Luisa ha causado mi ruina: ella la reparará. Esto acaba de decirme: voyle á llevar la respuesta.

Hace que se va.

Le detiene.

Luisa. Espere vm., deténgase vm. ¡Mi padre ha dicho que yo le he causado su ruina! Pues debo repararla... Vaya... aconséjeme vm... qué debo... ¿qué puedo hacer por mi padre?

Rampe. Solo hay un medio que él mismo aprueba.

Luisa. ¿Mi padre?... ¿y qué medio es ese?

Rampe. Muy sencillo... romper con el Mayor.

Luisa. ¿Pues eso no lo he hecho ya por fuerza?

Rampe. No basta: es necesario que él rompa con vm.; pero ha de ser voluntariamente.

Luisa. ¿Acaso puedo yo obligarle á que me aborrezca?

Rampe. Harémos la prueba: siéntese vm.

Turbada.

Luisa. ¿Para qué?

Rampe. Siéntese vm., y escriba... Aquí tenemos pluma, tinta y papel.

Se sienta con la mayor inquietud.

Luisa. ¿Qué he de escribir, y á quién?

Rampe. Una carta al verdugo de su padre de vm.

Luisa toma una pluma: y Rampe dicta.

Señor mio.

Luisa escribe con mano temblona.

"Que largos se me han hecho... *se me han he-*
"*cho*... los tres dias... *dias*... en que no le he
"visto.

Se para de repente.

Luisa. ¿Para quién es esta carta?

Rampe. Para el verdugo de su padre de vm.

Levanta los ojos al cielo.

Luisa. ¡Dios mio!

Continúa dictando.

Rampe. »Guárdese vm. del Mayor, que no me »pierde de vista.

Se levanta torciéndose las manos.

Luisa. ¡Inaudita maldad!... ¿á quién podrá dirigirse esta carta? Esto ya es demasiado... tanta crueldad excede á mis fuerzas. ¡Justo cielo! ¿por qué me abandonas á estas bestias feroces? ¿por qué me pones entre la muerte y la infamia? Haga vm. lo que quiera, yo no escribo mas.

Rampe. Como vm. guste, señorita: vm. es muy dueña de...

Luisa. Sí, cruel, sí.

Una pausa.

¿Pero por qué he de reusarme? ¿No me es ya todo indiferente?... Dicte vm... yo me entrego á las astucias infernales.

Vuelve á sentarse.

Rampe. Puso vm., »que no me pierde de vista.

Luisa. Siga vm.

Dictando.

Rampe. »El Presidente ha estado en casa... Era »cosa de risa ver la buena fé con que el pobre »Mayor defendia mi honor contra lo que su pa»dre me imputaba.

Con risa desesperada.

Luisa. ¡Bien, muy bien!... Siga vm.

Rampe. »Yo tomé el partido de desmayarme... »*de desmayarme*... por no soltar la risa.

Luisa. ¡O cielo!

Rampe. » Pero estas ficciones me son ya insufri»bles... Si pudiera escaparme.

Se para repentinamente, se levanta, y da un paséo con la cabeza baxa y los ojos en el suelo, vuelve á sentarse, y escribe repitiendo la última palabra.

Luisa. »*Escaparme.*

Rampe. »El Mayor entra mañana de servicio... »Aceche vm. el instante en que me dexe: pues »le espera á vm. sin falta en su casa su afectí»sima Luisa."

Luisa. ¿Y el sobre?

Rampe. Al señor de Vó, Mariscal de la corte.

Luisa. ¡Dios mio! Que nombre tan desconocido para mí.

Se levanta, mira con intencion la carta, y se la da á Rampe, ocultando su llanto; y diciéndole en voz desentonada.

Tómela vm. En ella le abandono, mi reputa-

cion... mi esperanza... toda mi felicidad. Yà nò me queda que perder.

Rampe. No desespere vm., señorita... Yo la compadezco... Puede ser... ¿quién sabe? acaso olvidando yo ciertas cosillas, llegaría... Verdaderamente me compadece en el alma la situacion de vm.

Echándole una mirada penetrante.

Luisa. No acabe vm.; que le veo á pique de desearse el mayor de los males... ¿Falta alguna otra cosa?

Rampe. Una vagatela. Jurar por todo lo que vm. respeta por mas sagrado, que vm. sostendrá siempre que esta carta la ha escrito libre y voluntariamente.

Luisa. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Es posible que me he de ver precisada á emplear hasta tu nombre en ratificar disposiciones del infierno?

Rampe se lleva tras sí á Luisa.

ACTO QUARTO.

El teatro representa un salon de la casa del Presidente.

SCENA PRIMERA.

Fernando de Walter, con una carta abierta en la mano, se precipita en el salon. Un doméstico entra al mismo tiempo por otra puerta.

Furioso.

Fern. ¿Has visto al Mariscal?

Criad. El señor Presidente quiere hablar á vm.

Fern. Lo que yo te pregunto es, ¿que si has visto al Mariscal?

Criad. En la sala del juego está esperando su Excelencia.

Fern. Que baxe su Excelencia, si quiere.

Vase el criado.

SCENA II.

Fernando solo: repara la carta, ya inmóvil de admiracion, ya paseándose con la mayor agitacion.

Fern. No es posible... aquellos ojos encantadores... aquella sensibilidad... aquella exterioridad angelical ¿podrian encubrir un alma tan negra?... Sin embargo, aunque se junten el cielo y la tierra para justificar su inocencia... la letra es suya... ¡Qué perfidia!... ¡Vé ahí por qué reusaba seguirme! Ahora lo conozco. ¡Vé ahí el motivo de aquel pretendido heroismo, con que se sometia á la ley que la ordenaba que renunciase á mi amor!

Da algunos pasos agitados, y despues se para de repente.

¡Engañarme de este modo!... ¡abrasar mi corazon con todo el fuego que el amor enciende! ¡enagenar mi alma con la esperanza de todos los placeres! ¡elevarme á la cumbre de las felicidades humanas, y no ser todo mas que ficciones y falsedades!... ¡ah! si la mentira sabe revestirse de tan hermosos colores; en ella es...

en la ilusion reside la felicidad de la vida... ¡Con qué arte se inmutaba al tratarse de los peligros á que mi amor se exponia! ¡con qué dignidad no aterraba el orgullo de mi padre!... ¡y la pérfida se desmayaba! ¡Ah mugeres! ¡mugeres! si todas os vestís igualmente del candor y de la inocencia, virtuosas y corrompidas, ¿cómo os distinguirémos para no aventurar la mas importante eleccion?... Ella reynaba en mi corazon... todos mis deseos, todos mis pensamientos en ella se contenian... Y su alma... solo sensible á la lisonja con que mi amor alimentaba su vanidad, se complacia de engañarme.

SCENA III.

El Mariscal y Fernando.

El Mariscal entrando de puntillas.

Marisc. Amigo mio: parece que deseaba vm...

Entre dientes.

Fern. Sí: cortarte el pescuezo, ¡infame!

Alto.

Esta carta se le cayó á vm. del bolsillo en la plaza de armas, y... por una feliz casualidad

Con risa forzada.

fuí yo el que la hallé. La fortuna le ha servido á vm. á pedir de boca:

Se la da.

léala vm.

Riyendo.

Marisc. Pues aun no la habia echado de ménos.

Se pone á repasarla, y miéntras tanto alcanza Fernando un par de pistolas que tiene colgadas: el Mariscal lo advierte, tira la carta sobre la mesa, y quiere irse.

¿Qué es esto?

Le vuelve de un brazo.

Fern. Despacio, amigo mio, despacio. Parece que le ha gustado á vm. el hallazgo... Pues yo quiero la recompensa.

Le presenta las pistolas.

Vaya.

Se retira asombrado.

Marisc. ¿Ha perdido vm. el juicio?

Fern. Tome vm. una pistola, le digo.

Se vuelve á escapar: Fernando le vuelve á traer, dexando cerrada la puerta con llave.

Tome vm. esta pistola.

Limpiándose el sudor.

Marisc. ¡Expondrá vm. así la vida!... ¡un jóven de tantas esperanzas!...

Fern. Dispara. Yo no tengo para qué vivir.

Marisc. Yo sí... mucho.

Fern. Tú, ¡pérfido!... ¿para qué? ¡para llenar el mundo de iniquidades! ¡para ser la afrenta de los hombres! para...

Le interrumpe.

Marisc. Todo lo que vm. quiera, amigo mio: todo lo que vm. guste, con tal de que no se trate mas de pistolas.

Fern. ¡Cómo tiembla este hombre despreciable!... ¡Es posible que por un hombre así, me engañase! ¡por este cobarde, mas propio para ahuyentar el amor, que para atraerle!... ¡es posible!...

Marisc. ¡Gracias á Dios! ya se va viniendo á la razon.

Fern. Viva, y debáselo á la baxeza de su alma. Viva, pues, tan vil insecto:

Con mas furor.

pero no para que disfrute la flor que yo he cultivado. ¡Ah pérfido! Si has llegado á profanar el ídolo de mi adoracion...

Con doble furor.

más te valdría sepultarte en los infiernos, que ser víctima de mi venganza. Dime, ¿ qué favores la has merecido? ¿hasta dónde has llegado en su estimacion? Dí, responde.

Marisc. Déxeme vm. respirar, y yo lo descubriré todo.

Fern. ¡Ah pérfida!

Le pone la pistola al pecho.

Dime: ¿hasta dónde has llegado?

Marisc. Si no hay nada... nada absolutamente... óigame vm. A vm. le han... ya se vé... vm. ha sido engañado.

Fern. ¡Tú mismo te atreves á recordarme su maldad!... ¿Hasta dónde has llegado con ella? confiesa la verdad, ó te abraso las entrañas.

Marisc. ¡Válgame Dios! óigame vm.... si vm. no quiere oirme. Si es su padre de vm.... el mismo que... *Furioso.*

Fern. ¿Es el padre el que te ha vendido su hija?... ¿Pero hasta qué punto has llegado con ella? Responde, ó mueres.

Le pone la pistola en el pecho.

Marisc. El furor le saca á vm. de tino. ¿No le digo á vm., que ni la conozco, ni la he visto en

mi vida, ni sé absolutamente nada contra ella?

Retrocede admirado.

Fern. ¿No la conoces, ni la has visto en tu vida?... ¿Para qué mas?... Basta: quítate delante.

Le da en las espaldas con la pistola, y le echa fuera.

No se inventó la pólvora para tan despreciable canalla.

SCENA IV.

Solo.

Fern. ¡No importa! ella se ha perdido para siempre... ¡y yo tambien!... Yo no puedo vivir sin ella: y ella decia, que sin mí tampoco; pues bien: que nos una una misma suerte, y que esta union sea eterna. *Quiere irse.*

SCENA V.

Fernando y el Presidente.

Sorprehendido.

Fern. ¡Dios mio!... ¡mi padre!

Presid. A tiempo te encuentro, Fernando. Tenia que darte una noticia tan agradable, que te

sorprehenderá... Sentémonos.

Despues de haberle estado mirando.

Fern. ¡Padre mio!

Se acerca, y le toma la mano.

¡Padre mio!

Besa su mano transportado, y de repente se echa á sus pies.

¡Padre!

Presid. ¿Qué es esto, Fernando? Levántate: tu mano abrasa y tiembla.

Con el mayor dolor.

Fern. ¡Padre mio! ¡perdone vm. mi ingratitud!... ¡yo he abusado de sus bondades!... Restitúyame vm. á su gracia y á su amor paternal... Ya llega tarde mi arrepentimiento; pero vm. es mi padre... Perdóneme vm... perdóneme vm... Vuelva vm. á echarme su paternal bendicion.

Con admiracion afectada.

Presid. Alza, hijo mio, alza... Yo no sé á qué viene esto.

Sin levantarse.

Fern. ¡Esta Luisa, padre, esta Luisa!... Vm. conoce el corazon humano. ¡Qué justo era vuestro resentimiento! ¡qué noble! ¡qué digno de un padre! ¡Esta Luisa!

Presid. ¡No me atormentes mas, Fernando! Reconozco mi yerro, y vengo á excusarme contigo.

Fern. ¡Yerro! ¡Excusarse conmigo! ¡Ah Luisa! ¡Esta Luisa!

Presid. Es una criatura apreciable. ¡Qué carácter tan bello y tan agradable! Yo seré desde hoy el primero en hacer justicia á su virtud... con ella se ha grangeado mi mayor estimacion.

Se levanta admirado.

Fern. ¡Qué! ¡vm. tambien, padre!... ¡vm. tambien!... ¿No es verdad que todo respira en ella la pureza de la inocencia? ¿No es preciso que la ame el que la vea?

Presid. Dí mas bien, que sería un crímen verla y no amarla.

Asombrado.

Fern. ¡Eso es increíble! ¡asombra eso! Vm. que la veía con una preocupacion tan poco favorable... vm... tan acostumbrado á leer los corazones... vm. mismo... ¡inaudita perfidia! ¡hipocresía sin exemplo! ¡Esta Luisa!...

Presid. Es digna de ser mi hija. Sus virtudes son preferibles á la nobleza, y sus gracias valen mas que todos los tesoros. Yo sacrifico mis principios á tu amor... sea tu muger.

Fern. Esto me faltaba ver, para que mi desdicha llegase á su colmo.

Vase con la mayor precipitacion agitado de la mayor violencia.

Le sigue.

Presid. Oye, mira: ¿dónde vas? espera... ¡Fernando! *Vase.*

SCENA VI.

El teatro representa un salon ricamente puesto de la casa de Lady Milfort.

Salen Lady Milfort y Sofia.

Lady. ¿Tú la has visto? ¿vendrá?

Sofia. Al instante que se vista para salir.

Lady. Basta... ¡Yo me extremezco!... Dime, ¿cómo te recibió? ¿qué te dixo?

Sofia. Al principio se quedó un poco pensativa, y despues me respondió con valor: "Lo que su »ama de vm. me manda hoy, lo hubiera yo soli»citado mañana como un favor."

Inquieta.

Lady. Déxame... ¡compadéceme!.

Sofia. Ese no es el modo de recibir á una rival, Milady. Acuérdese vm. de quién es, de su nacimiento y de su crédito: asómbrela vm. con la fuerza de sus miradas, y con la dignidad de su persona.

Distraída.

Lady. ¿Qué estás diciendo, necia?

Sofia. ¿No sería bueno deslumbrarla con el resplandor de los diamantes, la riqueza de los vestidos, y asombrarla con el fausto y la magnificencia, haciendo que haya en la antecámara un exército de pages y criados?

Lady. Calla, muger, calla. ¡Cómo nosotras mismas conocemos la debilidad de nuestro sexô!

Sale.

Criado. ¡Milady!... La señorita Miller.

A Sofia.

Lady. Retírate. *Sofia duda.*

Yo te lo mando. *Se pasea un instante.*

Al criado.

Que entre. *Vase el Criado.*

Lady se sienta en un sofá con una actitud noble y agradable.

SCENA VII.

Luisa entra con timidez, y se detiene á una gran distancia de Lady, que por su posicion está de espaldas; y Lady se está mirando á un espejo que tiene enfrente.

Luisa. ¡Señora! Aquí me tiene vm. á su disposicion.

Se vuelve, y la saluda con la cabeza.

Lady. ¡Ah!... es vm... sí... sin duda... es vm. una tal... ¿cómo se llama vm.?

Luisa. Mi padre se llama Miller, y vm. ha enviado á llamar á su hija.

Lady. Sí, sí: ya me acuerdo... La hija de ese pobre músico por quien acaban de hablarme.

La exâmina con la vista, y despues aparte.

Un todo sumamente interesante, sin ser una hermosura. *Alto.*

Acérquese vm. niña.

Aparte.

Ojos acostumbrados al llanto... sin embargo; ¡qué gracia y magestad tiene en ellos!

Alto.

Acérquese vm. mas... todavía mas... Yo creo que vm. me tiene miedo.

Con voz firme.

Luisa. No, Milady. ¿Por qué? Yo tengo otros ojos que la multitud.

Admirada, y aparte.

Lady. ¡Que la multitud! De él ha aprendido este tono decisivo.

Alto.

Me han hablado por vm., niña: me han dicho, que vm. sabe muy bien el arte de ganar la vida. Yo lo creo así, y no quisiera desmentir á quien tanto se interesa por vm.

Luisa. Yo no sé quién pueda haberse encargado de buscarme una protectora.

Lady. Mejor fuera un protector, ¿he?

Luisa. Eso no se entiende conmigo.

Lady. Ya, ya... ¡no se entiende!... Pues los ojos descubren muy bien la malicia que vm. disfraza con la ingenuidad aparente de sus palabras. ¿No es vm. la Luisita?... ¿Quántos años tiene vm.?

Luisa. Diez y seis cumplidos.

Se levanta repentinamente.

Lady. ¡Para qué saber mas!... Diez y seis años son la aurora de los sentimientos, el primer ímpetu del amor. ¡Quién podrá resistir á sus halagos!... ¡Tambien á él le disculpo! Si son sus

primeros amores, ¡no se han de convenir sus almas! *La toma la mano con amistad.* Hija mia, á mi cargo queda tu fortuna... Mi Sofia se casa, tú la sucederás á mi lado.

Aparte.

¡Diez y seis años! No puede ser durable esta pasion.

La besa respetuosamente la mano.

Luisa. Doy á vm. las mismas gracias, que si disfrutára de su favor, Milady; pero no me es posible. *Sorprehendida.*

Lady. ¡Ola! ¡Vea vm. la gran señora!... Hija mia: las niñas de su clase se dan por muy contentas de encontrar quien las haga semejantes partidos. ¿Es vm. mas que ellas?... ¿son esas manitas mas delicadas para el trabajo? ¿ó es en el mérito de su persona en lo que vm. funda su vanidad?

Luisa. Mi figura y mi orígen son obras de la Providencia, y en ellas no tengo parte.

Lady. Pues si no es eso lo que á vm. la envanece, ¿por qué repugna el único estado que la conviene, el único que puede civilizarla, y hacerla olvidar las preocupaciones de su orígen?

Luisa. Y de mi inocencia tambien, Milady.

Lady. Esa es una objecion ridícula. El cortesano

mas disoluto no se atreverá á llegarse á una muger, si ella no le convida con su lengua, con su ayre, ó con sus miradas. Dese vm. á respetar, y yo aseguro que la respetará todo el mundo.

Luisa. Permítame vm. que lo dude. ¿Cómo se ha de conservar el pudor entre la licencia y las demasías, á cuyo solo aspecto temblaría la virtud misma? ¿Sería creíble en la hija de un pobre músico el heroismo de arrojarse á un golfo de vicios, y conservar en él su pureza? ¿Sería creíble que Lady Milfort sufocase los sentimientos de su conciencia, y amontonase tesoros sobre tesoros para tener el gusto de ver cada momento quien la estuviese avergonzando? Desengáñese vm., Milady: mi presencia necesariamente la habia de causar el mayor disgusto, no solo quando disfrutase de los placeres que por todas partes la convidan, sino hasta quando el arrepentimiento atormentase su alma. ¡Cómo vería vm. entónces resplandecer en la frente de su criada aquella calma, aquella serenidad que es la recompensa de un corazon puro, y de una conciencia irreprehensible! Vuelvo á repetirlo, Milady: se lo agradezco á vm. muy mucho.

Se pasea agitada, clavados los ojos en Luisa.

Lady. Eso es demasiado. Las simples opiniones no se expresan con tanto calor: baxo de esas máxîmas se oculta algun interés personal, que te hace odioso mi servicio, un interés que da paso á tus razones, y alma á tu discurso... un interés

Amenazándola.

que deseo descubrir.

Con nobleza.

Luisa. Y aun quando vm. le descubra, ¿qué? Milady: es tal el cúmulo de mis desgracias, que ni la venganza de vm., ni la franqueza mia, pueden hacerle mas gravoso.

Una pausa, despues con viveza.

Dice vm. que quiere sacarme de la miseria: prescindo de los motivos que á vm. la mueven á dispensarme un favor tan singular, como inesperado: me contentaré solo con preguntar á vm. ¿por qué he de avergonzarme de mi nacimiento? ¿por qué quiere vm. tomar á su cargo mi fortuna, sin saber ántes si la querria yo recibir de sus manos?... ¡Los placeres se han acabado para mí! ¿por qué, pues, hacérmelos á la memoria... acaso por el deseo de hacerme feliz? ¿pero cómo? Si vm. misma no lo es;

Se acerca á Lady, y con sensibilidad.

si á las dos nos fuera posible trocar nuestras almas y nuestra situacion, y yo la consultára á vm. como á una amiga, como á una madre: ¿me aconsejaría vm. el cambio?

Extremamente admirada.

Lady. ¡Es imposible! ¡no puede ser! ¡tanta firmeza! ¡tanta elevacion de alma! no, no puede ser fruto de tu educacion, ni el resultado de tus reflexîones propias, si no de los principios de maestro mas hábil.

Con dulzura.

Luisa. Parece que ese maestro es el que á vm. la inquieta... ¿y sin embargo queria vm. traerme á su lado?

Se levanta con enojo.

Lady. Sí: le conozco, sí... conozco lo que pasa entre vosotros, y sé aun mas de lo que quisiera.

Se detiene, y despues con una furiosa vehemencia.

¡Pero pobre de tí, si todavía tienes el atrevimiento de amarle, y de que te ame!... ¿mas qué digo? de pensar en él, y de permitir que él piense en tí. ¡Infeliz! teme mi poder... teme mi venganza si no quieres verte perdida.

Con voz firme y sentada.

Luisa. Perdida sin remedio... si vm. pudiera obligarle á que la amase.

Lady. No puedo ni quiero forzarle á que me ame: yo sabré triunfar de mi corazon; pero será despedazando el tuyo... Yo no puedo ser dichosa con él; pero impediré que tú lo seas... Aun me resta una felicidad, que es destruir la tuya.

Con dulzura y sensibilidad.

Luisa. Vm. violenta su corazon, Milady... Yo no creo que vm. consiguiese de sí misma... ¿cómo habia vm. de ser tan cruel con una pobre criatura que jamas la ha ofendido en nada, ni ha cometido otra culpa, que pensar y sentir como vm.?

Vuelve en sí, y admirada de la dulzura de Luisa.

Lady. ¡Dónde estoy!... ¡qué he dicho! ¡y á quién!... O Luisa noble y magnánima, perdona á una furiosa... No, hija mia... no soy capaz de llegarte á un pelo... Desea, exîge; yo quiero ser tu amiga, tu hermana... Eres pobre:

Se quita algunas joyas.

aquí tienes estos brillantes... mi guardarropa, mis caballos, mi carroza, todo lo venderé; te lo daré

todo... pero renuncia á Fernando.

Retrocede sorprehendida: un momento inmóvil y pensativa: despues se acerca á Lady, la toma la mano, y fixos los ojos en ella, y con la voz mas expresiva.

Luisa. Yo la cedo á vm. voluntariamente el hombre idolatrado, que no hubiera podido arrancarme todo el poder del infierno... Acaso lo ignorará vm., Milady: vm. ha arrebatado el cielo á dos amantes, y destruído la felicidad de dos corazones que él habia criado el uno para el otro. Pero si las quejas de un insecto llegan al trono del Eterno, ¿cómo no llegarán las mias?... Ya es de vm.: echese vm. en sus brazos... condúzcale vm. al altar... Pero no se olvide de que el brazo que selle su union, sellará tambien la sentencia de mi muerte.

Vase con todas las demostraciones de la desesperacion.

SCENA VIII.

Sola inmóvil por un instante, y en fin vuelve como de un sueño.

Lady. ¿Qué es lo que he oído?... ¿Qué ha queri-

do decirme?... Todavía tengo en los oídos sus palabras. ¡Ya es de vm.! ¡Yo! ¡desgraciada! ¡Yo te habia de quitar el único bien, el único por quien amas la vida! ¡y que solo cedes entre las convulsiones de la desesperacion! Eso no: tu generosidad no será mayor que la mia. Tambien yo tengo valor para hacer un sacrificio.

Despues de una pausa.

Huid de mi corazon pasiones cobardes y afeminadas... esperanzas frívolas, huid. El heroismo y la magnanimidad me sirvan de norte. ¡Amantes infelices! solo mi fuga, ó mi desgracia puede salvaros. *Una pausa.*

No hay remedio... ya está resuelto: yo quitaré el obstáculo que se opone á vuestra felicidad: yo romperé los lazos que me unen al Príncipe: yo arrancaré de mi corazon este amor fatal, causa de todas vuestras desgracias... ¡O virtud! á tí me encomiendo: recibe en tus brazos á la arrepentida Emilia. Sí: yo dexaré estas viles grandezas: desde su cumbre descenderé al polvo de la tierra; pero con dignidad y nobleza. Mi corazon y mi constancia me servirán de compañía.

Se acerca á un bufetillo.

Ya está resuelto: pues á executarlo ántes que

algun temible recuerdo venga á desconcertar mi firmeza, ó disminuya el mérito del sacrificio.

Se sienta, y escribe.

SCENA IX.

Lady, un Ayuda de cámara, el Mariscal, despues Sofia, y últimamente los criados de Lady.

Ayuda de cámara. El Mariscal de la corte, de parte de S. A.

Escribiendo.

Lady. ¿Quién? ¿el Mariscal?... ¡á buen tiempo!

Aparte.

La comision es digna de él.

Alto.

Que entre. *Vase.*

Entra haciendo mil reverencias á Lady, que segun su posicion, le tiene vueltas las espaldas: se acerca, y se pone detras de su sitial, y en tono baxo le dice.

Marisc. S. A. serenísima.

Ocupada en repasar lo que ha escrito.

Lady. Es preciso que me acuse de la mas negra ingratitud... Yo me hallaba sin medios, sin apo-

yo, extrangera, abandonada... me sacó de la miseria... *Una pausa.*

pero mi eterno deshonor le paga con usura sus beneficios.

Despues de haber procurado en vano que Lady le mirase.

Marisc. Parece que está vm. un poco inquieta, Milady... Disimule vm. si me tomo la confianza de... *Alto.*

S. A. me envia á preguntar á vm., si esta noche ha de haber ópera ó comedia.

Se levanta sonriéndose.

Lady. Qualquier cosa, señor Mariscal... Pero entretanto lleve vm. esta carta á su amo.

Le da la carta.

¡Sofia, Sofia!

Viene Sofia, y Lady le dice.

Dí que me pongan el coche, y que toda la familia entre aquí.

Sofia. ¡Válgame Dios! ¿qué será esto?... ¿en qué vendrá á parar? *Vase.*

Marisc. Vm. está conmovida, Milady.

Lady. Ea, Mariscal, ánimo: ya queda vacante una plaza, que dará que hacer bien á los intrigantes.

El Mariscal echa una mirada á la carta que le ha dado Milady.

Léala vm.: mi intencion es que toda la corte sepa su contenido.

Miéntras el Mariscal lee, los domésticos se juntan en el fondo.

Lee el Mariscal. Señor: "Habiendo sido la pri»mera condicion del pacto que á V. A. me unia »la felicidad pública, sin que despues de tres »años se haya hecho nada por ella; me creo obli»gada á hacer ver con mi fuga, que no tengo »parte en las calamidades de vuestros pueblos. »Dispénselos V. A. la proteccion que por mí »les habia ofrecido, y aprenda de una extran»gera á compadecerse de sus miserias. Dentro »de una hora ya estaré del otro lado de la fron»tera." *Juana Norfolk.*

Los criados interrumpiéndose unos á otros. "Del otro lado de la frontera."

Asombrado, pone la carta sobre la mesa.

Marisc. Yo me guardaré muy bien de llevar al Príncipe esta noticia. Ya podíamos los dos... Reflexîónelo vm. bien, Milady... Hágase vm. el cargo de que la mayor desgracia...

Se vuelve á sus domésticos con la mayor sensibilidad.

Lady. Vosotros, pobrecitos, estais atónitos, esperando las resultas de estos aparatos... Acercaos... Vosotros me habeis servido con zelo y fidelidad.

Con lágrimas en los ojos.

Yo os dexo, hijos mios. Lady Milfort ya no exîste, y Juana de Norfolk es muy pobre para poder pagar vuestros servicios. Reparta mi tesorero entre vosotros los restos que le queden de mi triste y vergonzosa opulencia... Este palacio es del Duque... El mas pobre de vosotros saldrá de él mas rico que su ama.

Alarga las manos, y los domésticos se las van besando unos despues de otros.

A Dios, hijos mios... Amigos mios, á Dios para siempre.

Hace por ser superior á su sentimiento.

Ya oigo el coche.

Sale de entre sus manos, y quiere irse: el Mariscal se pone delante para impedírselo; le mira con desprecio, y le dice:

¡Qué! ¿aun estás ahí, triste y despreciable criatura?

El Mariscal, que hasta entónces habia tenido los ojos fixos en la carta, vuelve en sí como de un sueño.

Marisc. ¿Pues qué? ¿he de poner yo esta carta en manos de S. A.?

Lady. Y decirle, que yo comeré del trabajo de mis manos, y beberé mis lágrimas para borrar la vergüenza de haber reinado en su corazon.

Vase.

Todos los domésticos la siguen con los ojos, y despues se separan tristemente.

ACTO QUINTO.

El teatro representa la habitacion de Miller.

SCENA PRIMERA.

Luisa sentada en el fondo con la cabeza apoyada en el brazo, demostrando el mayor abatimiento: despues llega Miller con una linterna: mira por todas partes con triste inquietud sin ver á Luisa. Ultimamente dexa el sombrero y la linterna sobre la mesa.

Limpiándose el rostro.

Miller. ¡Tampoco está aquí!... todo lo he andado: conocimientos, calles, puertas de la ciudad... todo... nadie la ha visto, ni nadie me da razon.

Una pausa.

¡Paciencia, desgraciado padre!... Acaso la hallaré mañana en las orillas del mar, tendida sobre la arena. ¡O Dios mio, Dios mio! ¡si mi excesivo cariño habrá irritado tu justicia! No me quejo de tus providencias; pero el castigo es terri-

ble, y excede á las fuerzas de un viejo débil.

Se echa en una silla con todas las señales de un profundo dolor.

Que ha oído las últimas palabras.

Luisa. ¡Padre desgraciado! haces bien en familiarizarte con la idéa de perderme.

Se levanta sobresaltado.

Miller. Esta es la voz de Luisa... ¿Eres tú, hija mia?... ¿Es cierto que te hallo?... ¿Pero por qué sola, y sin luz?

Luisa. Porque mis pensamientos convienen con la obscuridad que me rodéa.

Miller. ¡Hija mia! solo el crímen ama las tinieblas.

Luisa. Pero teme otra vida... y yo la deseo.

Miller. ¡Luisa, Luisa! ¿qué quieres dar á entender con eso?

Luisa. ¡Padre mio! vm. sabe quán terrible ha sido el combate que he mantenido: el cielo me ha dado fuerzas, y la victoria se ha decidido en mi favor... A mi sexô se le atribuye la debilidad: no lo crea vm., padre mio: que si una araña nos hace retroceder de miedo, la idéa de nuestra destruccion no nos espanta.

Miller. ¡Luisa! ¡hija mia! mas quisiera verte llo-

rar, que oirte lo que te oigo. Sí... mas lo quisiera.

Luisa. ¡Hombres crueles! vosotros me habeis exîgido el juramento de ocultar vuestra perfidia; pero la muerte rompe todos los juramentos, y entónces conocerá Fernando á su Luisa... Padre mio... *Saca un papel del seno.*

¿Querrá vm. tener la bondad de hacer que esta carta se entregue?...

Miller. ¿A quién, hija mia?

Luisa. ¿Que vm. me lo pregunte? ¿Puedo yo pensar, ni escribir á otro que al que ocupa toda mi alma?

Inquieto.

Miller. Mira, Luisa. Yo voy á abrir... Sí, es necesario que yo lea esta carta.

Luisa. Como vm. guste; pero no sacará vm. nada de su contenido: porque esas letras, para todos inanimadas, solo tienen vida á los ojos del amor.

Lee Miller. "A tí te han engañado, Fernando: »una maldad sin exemplo ha roto el nudo que »unia nuestros corazones, y un juramento hor»rible me obliga al silencio. Si tienes valor para »concurrir al sitio en donde ningun juramento »obliga, ni podrá sorprehendernos ninguna de »las espías de tu padre...

Se detiene, y mira á Luisa á la cara á ver si descubre algo en los ojos.

Luisa. ¡Por qué me mira vm. así, padre mio! Continúe vm.

Continúa.

Miller. "Mucho valor necesitas para caminar por "entre la espesura de tales tinieblas, en que no "tendrás mas guia que á Dios y tu Luisa. Si te "animas, ponte en camino luego que oigas to- "car á maytines en los Carmelitas; y si no te "atreves, avergüénzate de que una delicada don- "cella tenga mas valor que tú."

Miller pone la carta en la mesa, y queda un instante inmóvil con los ojos fixos en tierra: despues se vuelve á su hija, y con voz muy débil.

¿Y qué sitio es ese, hija mia?

Luisa. Solo un amante puede acertar con él, padre mio... Fernando le hallará.

Con tristeza.

Miller. Pues explícate mas claro, de modo que yo tambien lo sepa.

Con inquietud.

Luisa. No se asuste vm., si no puedo designarle con un nombre tan dulce como yo quisiera... Ese sitio... es el... el sepulcro.

Bacila, y cae sobre una silla.

Miller. ¡Ay Dios mio!

Le coge.

Luisa. No le horrorice á vm. ese nombre, padre mio. Despójele vm. de las lúgubres idéas que le acompañan; el sepulcro no es para vuestra hija mas que un lecho nupcial, que el sol dorará con sus rayos, y la primavera matizará con sus flores. La muerte solo es terrible á los criminales: pero para los desdichados es un genio bienhechor, que les conduce de la mano por entre las malezas de la vida, les señala el instante de su descanso, les saluda y desaparece.

Horrorizado.

Miller. ¡Qué! ¡tendrás valor para atentar contra tu vida!

Luisa. Salir de una sociedad en que estoy mal vista, y adelantarme á llegar al lugar de mi destino, ¿es algun delito?

Miller. El mayor de todos, y el único que no da lugar al arrepentimiento... ¡Luisa, Luisa! Guárdate de ofender al cielo, quando sus auxîlios te son tan necesarios... No trato de agrabar tu dolor; pero, óyeme... Yo creía que estaba solo ahora poco; y tú me estabas escuchando. Ya

oiste lo que yo te queria ocultar... lo que yo debo confesarte ahora. *Llorando.*

Sí, Luisa, yo te amo con exceso: tú eres mi ídolo: toda mi felicidad, todos los deseos de mi corazon se reducen á verte y conservarte... Si te pierdo, todo se perdió para mí... Mis cabellos se van encaneciendo, mis miembros debilitándose. Bien pronto necesitaré de un apoyo que me sostenga: ¿negarás á mi vejez los auxîlios que yo prodigué á tu infancia? Dime, Luisa: ¿tendrás la crueldad de arrebatar así la fortuna, y las esperanzas de tu viejo padre?

Conmovida le besa la mano.

Luisa. No señor. Las obligaciones que á vm. debo son tanto mayores quanto son mas sagradas; pero no es en este mundo donde yo puedo cumplirlas.

Miller. ¿Y qué seguridad tienes tú de que nos juntarémos en el otro?... ¡Toda te inmutas!

Luisa se echa en sus brazos, y él la estrecha en su seno.

¡O Luisa! ¡hija mia! no desprecies los consejos de tu padre. Solo puedo aconsejarte: pero si el temor de parecer ante el trono de Dios vivo manchada con tan horrible atentado, no basta

á contenerte: si la salud de tu alma, una eternidad de tormentos, las lágrimas de tu madre, la desesperacion y la maldicion de tu padre no te hacen desistir... Vé ahí un cuchillo... tómale, atraviesa con él tu pecho, y

Hace que se va llorando amargamente.

el corazon de tu padre.

Se levanta precipitadamente, y le detiene.

Luisa. ¡Deténgase vm., padre mio! ¡deténgase vm.! ¿Es posible que su amor de vm. sea para mí mas cruel, que la rabia de mis opresores?... La vida me es odiosa, me es insoportable. ¿Qué quiere vm. que haga?

Miller. Si las caricias del Mayor te son mas interesantes que las lágrimas de tu padre... muere.

Despues de un combate interior.

Luisa. ¡Padre mio!... Yo juro... ¡Ah desgraciada! ¡Sea qual fuere el partido que tome, siempre resultaré delinqüente!... Yo juro... ¡Ah Fernando! *Hace añicos la carta.*

Oxalá pudiera con la misma facilidad olvidar su memoria.

La abraza transportado de alegría.

Miller. ¡Ahora reconozco á mi hija! Mira: por un amante que sacrificas, resucitas á un padre,

vuelves á su seno, le haces el mas dichoso de los padres. ¡O Luisa! ¡hija mia! ¡mi todo!

Vuelve á abrazarla llorando de alegría.

Yo sé poco de amor; pero bien se me alcanza, que debe de ser doloroso dexar de amar.

Luisa. Padre mio: salgamos de una ciudad en que mi reputacion está perdida: alejémonos de un sitio que no cesará de recordarme una felicidad que ya no exîste. Huyamos, si es posible.

Miller. Donde tú quieras, hija mia. En todas partes hallarémos un Dios, que vele sobre nosotros.

SCENA II.

Los mismos y Fernando.

Luisa es la primera que le vé, da un grito asustada, y se abraza al cuello de su padre.

Luisa. ¡Dios mio! ¡ya está aquí! ¡yo soy perdida!

Miller. ¿Quién?... ¿por qué?

Se le enseña á su padre con la mano, volviendo el rostro, y ocultándole en su seno.

Luisa. ¡El es!... él es... No me dexe vm... á matarme viene.

Le vé, y retrocede.

Miller. ¿Cómo? ¿vm. aquí, señor Baron?

Se acerca despacio, y se pone enfrente de Luisa, y echándola una mirada feroz y penetrante.

Fern. Ese grito de terror desvanece mis dudas. Los remordimientos se le han arrancado á tu conciencia. Una confesion tan pronta como infalible, no necesita de mas pruebas... Buenas noches, señor Miller.

Miller. ¡Por Dios, señor Mayor! ¿qué es lo que vm. quiere? ¿qué le trae á vm. por aquí á estas horas? Una visita tan inesperada...

Fern. ¡Inesperada! Yo me acuerdo de otro tiempo en que se acusaba la lentitud de los reloxes, esperando el instante de mi llegada. ¿Por qué, pues, hoy le sorprehende á vm. mi presencia?

Miller. ¡Señor Baron! Si á vm. le ha quedado algun resto de humanidad... sino quiere vm. acabar de perder á la inocente que vm. ha fingido amar, sálgase vm. de mi casa. La paz ha huido de ella, desde que vm. atravesó sus umbrales; y en donde ántes reynaba la alegría y la inocencia, ahora habita el oprobrio y el desconsuelo. ¿Viene vm. á atormentar de nuevo un corazon que vm. ha despedazado?

Sombrío.

Fern. No: vengo á darle buenas noticias.

Miller. ¿Esperanzas nuevas, y nuevos motivos de desesperacion?... No: el semblante no viene bien con las palabras.

Fern. Gracias á Dios: todo sucede á medida de mis deseos. Lady Milfort, nuestra mas temible adversaria, acaba de salir de los estados del Príncipe: mi padre aprueba mi eleccion: el destino cesa de perseguirnos... Vengo á cumplir mi palabra, buscando á mi esposa para conducirla al altar.

Miller. ¡No ves, hija mia! ¡no ves cómo se mofa de las esperanzas con que ha burlado tu corazon! En verdad, señor de Walter, que no le está bien á un seductor el divertirse así á expensas de su víctima.

Con una amarga sonrisa.

Fern. Yo no me burlo: tan cierto es lo que digo, como el amor de Luisa, y tan sagrado como el juramento que me ha hecho... ¡Qué! ¿aun lo dudan vms.?... Yo creo que la mentira debe de ser aquí tan de moda, que apénas se creen las verdades. Si vm. desconfia de mis palabras, ahí está ese testimonio.

Echa á Luisa la carta dirigida al Mariscal: Luisa la abre, y cae en una silla pálida y desanimada.

Sin notar el estado de Luisa.

Miller. ¿Qué significa eso, señor Baron? Yo no le entiendo á vm.

Le conduce por la mano á Luisa.

Fern. Que se lo diga á vm. ésta, que lo ha entendido bien.

A los pies de Luisa.

Miller. ¡Ay Dios! ¡hija mia! ¡Luisa!

La mira con dureza.

Fern. ¡Pálida como la muerte!...

Con una sonrisa falsa.

¡Qué bella está así! ¡quánto me agrada! Pero ya no me deslumbrarás con tus ficciones seductoras, capaces de haber engañado á un ángel.

Se acerca á ella con un furor sufocado.

Con vehemencia.

Miller. ¿Dónde vas? ¿qué quieres? No así ataques el corazon de un padre: si no la he podido preservar de tus seducciones, yo la libertaré de tu furor.

Fern. ¿Qué dice? ¡Pobre viejo! ¿Quién le mezcla

en este asunto? ¿Es acaso cómplice tambien con su hija?... ¿Habrá amancillado con esta infamia su providad sexâgenaria? ¡Ah! si no lo has hecho, muérete, aun es tiempo: morirás de la muerte de los justos. Mas tarde la desesperacion se apodera de tu alma: no verás en esta hija adorada mas que una víbora infernal; y tu último suspiro será una blasfemia contra el cielo que te la dió. *A Luisa.*

Habla infeliz: ¿has escrito tú esta carta?

A su hija.

Miller. ¡Por Dios, hija mia! no olvides, no olvides que...

Luisa. ¡O carta!

Fern. ¡Gracias á la casualidad, que la hizo caer en mis manos! Mas ha podido ella, que los consejos de mi padre, y mas que hubiera podido tóda la prudencia humana... Esta casualidad ha desenmascarado á una hipócrita... Responde... ¿Has escrito esta carta?

La persuade á media voz que lo confiese.

Miller. ¡Animo, hija mia, ánimo! Confiésalo, y tendrán fin nuestras desgracias.

Fern. ¿Habrás tambien engañado á tu padre, y al mundo entero?... Jura por los santos cielos,

por el Dios que debe juzgarnos, si has escrito esta carta.

Despues de un combate interior, durante el qual la está su padre animando con sus miradas, dice en tono decisivo.

Luisa. Yo la he escrito.

Inmóvil de asombrado.

Fern. ¡Luisa! ¡es verdad! ¡es posible!... No, no puede ser. Yo te he preguntado con demasiada vehemencia... ¿No es así, Luisa? ¿No es verdad que tú no has respondido eso, sino por la dureza con que te he preguntado?

Luisa. Yo he dicho la verdad.

Fern. Yo digo que no... tú no la has escrito... esa no es tu letra... ¿No es mas fácil contrahacer las firmas, que corromper los corazones? Pero si es verdad... ¡ah! dime una mentira... dímela con aquella voz angelical, y aquel semblante que acompaña siempre al candor y á la ingenuidad... Mi vida y la tuya van en ello.

Con voz dulce, pero obscura.

Dime Luisa: ¿has escrito esta carta?

Con firmeza.

Luisa. Yo la he escrito tan cierto, como hay Dios en los cielos.

Despues de una pausa con el mas profundo dolor.

Fern. ¡Muger, muger! ¡qué has hecho!

Luisa. Vm. ya sabe la verdad. Yo me he condenado á mí misma. Dexe vm. una casa que le ha producido tantos disgustos.

Fern. ¿Por qué la he de dexar? Yo estoy tranquilo.

Despues de hacer una reflexîon.

Un favor tengo que pedirte, Luisa... el último... La cabeza se me arde... necesito refrescar. ¿Querrás hacerme un vaso de limon?

Vase Luisa.

SCENA III.

Fernando y Miller: ambos se pasean algun tiempo absortos en la reflexîon, y sin hablarse.

En fin se para, y mirando tristemente al Baron.

Miller. Crea vm. mi querido Baron, que no me cabe poca parte en sus disgustos. ¡Oxalá estuviera en mi mano el quitárselos!

Fern. No hablemos de eso.

Despues de algunos pasos.

Miller: apénas me acuerdo cómo y con qué motivo nos conocimos.

Miller. Vm. queria tomar algunas lecciones de música...

Con dureza.

Fern. Sí, y entónces ví á su hija de vm.

Da algunos pasos callando.

Vm. me ha engañado, amigo. Yo buscaba una diversion para los ratos desocupados, y vm. me ha vendido un veneno.

Viendo la conmocion de Miller.

No se aflixa vm., buen viejo... Vm. no tiene la culpa.

Enxugándose los ojos.

Miller. El cielo me es de eso testigo.

Absorto en ciertas reflexîones.

Fern. ¡Qué impenetrables son tus juicios!... ¡Qué delicado é imperceptible es el hilo de que penden los sucesos mas importantes de la vida!... ¿Es posible que en áquellos ojos, cuyas miradas hacen amar la vida, haya encontrado yo mi muerte?

Se paséa con mas violencia, despues toma la mano á Miller, y con la expresion mas dolorosa.

Amigo: bien caras me ha vendido vm. sus lecciones, y sin embargo no ha ganado nada en ellas... ántes puede suceder que lo pierda todo...

Se aparta conmovido.

¡Por qué no desistiré yo de tan cruel designio!... ¿quién me le ha sugerido?

Deseando ocultar su conmocion.

Miller. ¡Quánto se hace desear el agua de limon! ¿quiere vm. que entre por ella?

Fern. No corre priesa.

Baxo.

¡Desgraciado padre!... estese vm... yo esperaré... Queria hacerle á vm. una pregunta... ¿Luisa es única?... ¿No tiene vm. mas hijos?

Miller. No señor: ni tengo, ni deseo mas que mi Luisa: es sola; pero bastante á llenar mi corazon.

Extremadamente movido.

Fern. Vaya vm. mi querido Miller: vea vm. si está el agua de limon.

Vase Miller.

SCENA IV.

Fernando solo.

Fern. ¡Su sola, su hija única!... Y tendrás valor, dí, asesino... El no tiene mas bienes sobre la faz de la tierra... ¿y quieres tú robársele?...

¿quieres quitar á un infelice su último consuelo? ¿á un sexâgenario bacilante le quieres privar de la esperanza, y del apoyo de su vejez?... ¿Qué?... ¿tendré yo valor para semejante inhumanidad?...

Una pequeña pausa.

Mas, tampoco tiene mi padre mas que un hijo... un hijo solo. *Otra.*

Sí... pero tiene riquezas que pueden consolarle de su pérdida.

Otra poco mayor.

¡Pobre Miller! Mas, ¿qué vas á perder? La hija que se burla de los mas sagrados sentimientos del amor: ¿podrá hacer la felicidad de su padre? No, no: será hacerle favor acabar con esta víbora, ántes que despedace el corazon paternal.

SCENA V.

Fernando, y Miller que vuelve.

Miller. Al instante va vm. á estar servido... Allí está la pobre muchacha... con el corazon oprimido... los ojos bañados en lágrimas... puede ser que beba vm. algunas en el agua de limon.

Aparte.

Fern. ¡Cómo no fuera mas que lágrimas!

Alto.

Como hemos hablado de música, he me acordado de que soy deudor de vm.

Saca un bolsillo.

Miller. Esas son vagatelas. Otra vez hablarémos de eso... No ha de ser esta la última vez que nos veamos.

Fern. ¡Quién sabe! En tomar no hay engaño... La vida nadie la tiene comprada.

Riyéndose.

Miller. ¡O! por ese lado...

Fern. No: no tanta confianza. ¿No se está viendo todos los dias que mueren hombres y mugeres en la flor de su edad?... Lo que los trabajos y los años van haciendo lentamente, la casualidad, un rayo, otras mil cosas pueden acabarlo de un momento á otro... Tambien puede morir Luisa.

Con tristeza.

Miller. Dios me la ha dado.

Fern. Sí señor: se lo repito á vm. Tambien puede morir Luisa... ¿Pero por qué no toma vm. este dinero?

Le presenta un bolsillo.

Miller. ¡Cómo! ¿todo el bolsillo? ¿En qué está vm. pensando?

Fern. En pagar mis deudas.

Echa el bolsillo en la mesa, y se caen al suelo algunas monedas de oro.

Levanta una, la mira, y admirado.

Miller. Con efecto, oro es... oro puro:

La dexa.

no, pues no me tentarás.

Fern. ¿Ha perdido vm. el juicio?

Miller. ¡Oro! ¡y para mí!... no es nada... todo oro... eso no.

Fern. ¿Y qué tiene de particular?

Despues de una pausa con la mayor seriedad.

Miller. Señor Baron, yo soy un pobre; pero muy hombre de bien: si vm. cree corromperme... ¡Vea vm.! ¿quándo he podido yo ganar lícitamente todo eso?

Conmovido.

Fern. Tranquilícese vm., Miller: vm. lo tiene ganado mucho tiempo hace, no con sus lecciones; sino que con ese dinero quiero pagarle los tres meses de felicidad y de ilusion,

Con mucho dolor.

que he pasado con su hija.

Le toma la mano, y con la mayor amistad.

Miller. ¡Ah, mi querido Baron! ¡qué no sea vm.

hijo de un pobre músico como yo! ¡con qué gusto le daría á vm. mi hija! Pero ya se vé: descender vm. tanto, y aspirar ella á mas de lo que la conviene por su estado y el mio, siempre creí que no podría tener buenas resultas. Rara vez las tienen bodas tan desiguales; yo lo conocia así; pero por no disgutarla... su madre estaba empeñada...

Una pausa mirando el dinero que está en el suelo.

Pero por qué no toma vm. eso: puede ser que por dármelo á mí todo, se quiera vm. quedar sin nada.

Fern. Eso no le dé á vm. cuidado, Miller; que yo voy á emprehender un viage; y donde pienso establecerme no corre esta moneda.

Miller. Mucho siento que no pueda vm. ser testigo de mi felicidad, y la de mi hija; porque...

Conmovido le interrumpe.

Fern. No siga vm.: recoja vm. eso.

Transportado.

Miller. No carecerá de nada. Para mí con poco sobra: los alimentos mas comunes son para mí delicados: el vestido mas simple me basta; pero para mi hija, Señor Baron; para mi Luisa... Yo me anticiparé á sus deseos: todo lo que pueda

divertirla, todo lo que...

Le interrumpe con precipitacion.

Fern. ¡Basta, basta!

Continuando.

Miller. Aprenderá el francés, á cantar, á baylar... yo haré que sea conocida muchas leguas al rededor.

Le coge la mano, y conmovido cruelmente.

Fern. Ya le he dicho á vm., que basta. ¡Por Dios! no siga vm... no hable vm. mas de eso. Este es el único favor que á vm. le pido.

SCENA VI.

Los mismos, y Luisa que entra con un vaso de agua de limon en un plato.

Con los ojos llenos de lágrimas y voz trémula.

Luisa. Si le falta algo, dígamelo vm., para echárselo.

Coge el vaso, le pone en la mesa, y volviéndose precipitadamente á Miller.

Fern. ¡Ah, ahora me acuerdo! Se me habia olvidado... ¿Querrá vm. hacerme un favor, mi querido Miller?

Miller. Mil que vm. quiera, quanto mas uno. Mande vm.

Fern. Me estarán esperando para cenar, y yo estoy tan de mal humor... Si vm. quisiera ir á avisar á mi padre para que no me esperase.

Le interrumpe.

Luisa. Yo lo haré al instante, padre.

A Fernando.

Miller. ¿Al Presidente?

Fern. No es menester que sea á él mismo. Con que vm. se lo diga á qualquiera de la casa... Aquí espero la respuesta.

Inquieta.

Luisa. Yo haré perfectamente la diligencia, Walter: yo iré.

A Miller, que está ya para salir.

Fern. Digo, señor Miller: otra cosa se me olvidaba. Esta carta que trae el sobrescrito para mi padre, y me ha venido inclusa en una de las mias... acaso será importante... entréguela vm. al mismo tiempo.

Miller. Muy bien.

Luisa. Yo desempeñaré á gusto de vm.

A Fernando.

esta comision: yo iré.

Miller. Está muy léjos, hija mia; y hace una noche muy obscura.

Fern. Luisa, alumbra á tu padre.

Miéntras va Luisa á alumbrarle saca el veneno, y le echa en el vaso.

Esto es hecho: la suerte parece que aprueba mi designio. Morirás infiel: abandonada estás á mi venganza: morirás.

SCENA VII.

Fernando y Luisa, que vuelve lentamente, y pone el candelero sobre la mesa: se sienta al lado opuesto del Mayor con los ojos baxos, echándole á hurtadillas algunas miradas. El Mayor fixa los ojos en el suelo, como horrorizado del delito que va á cometer.

Esta escena se anuncia por un gran silencio.

Con voz tímida.

Luisa. Si vm. quiere acompañarme, tocaré en el piano un rondo.

Se acerca al forte piano: Fernando no responde: una pausa.

¿O quiere vm. mas bien que echemos una par-

tida á los dados? todavía me debe vm. un desquite.

Fernando está del mismo modo: otra pausa.

Ya he empezado á bordar la cartera que á vm. le he ofrecido: ¿quiere vm. ver el dibuxo?

Fernando continúa callando: otra pausa.

Con un suspiro.

¡Ah, quán desgraciada soy!

Siempre en la misma actitud, y con una voz sombría.

Fern. Muy bien puede ser.

Luisa. Quánto siento ver que mi compañía le es á vm. de tan poco gusto.

Con una sonrisa amarga.

Fern. ¡Ya se vé! Como yo soy tan descontentadizo.

Luisa. Bien preveía yo que no nos convenia esta soledad. Confieso que me entristecí al ver salir á mi padre. *Una pausa.*

¿Me permite vm. que llame algunos de mis conocimientos?

Con desabrimiento.

Fern. ¡O! sí. No hay inconveniente. Yo llamaré tambien los mios.

Mirándole como con despique.

Luisa. ¡Señor de Walter!

En tono de burla.

Fern. ¡Vaya que me ha hecho gracia la idéa de querer llamar gente!

Luisa. ¿Vm. está de buen humor?

Con ironía.

Fern. ¿Por qué no lo he de estar? Tu exemplo es tan seductor, y tan halagüeñas tus lecciones, que fuera lástima no aprovecharse de ellas... Solo los insensatos podrán estar siempre de un humor. La monotonia hasta en el amor cansa: ¿no es verdad? La variedad es la sal de los placeres.

Luisa. ¡Ah, Fernando! Tú eres desgraciado, y quieres merecer el serlo.

Furioso y entredientes.

Fern. ¡Yo soy desgraciado! ¿quién te lo ha dicho? ¿de qué lo sabes?... ¡Desgraciado! Esa palabra ha encendido todo mi furor... ¡Lo sabías, y sin embargo me has vendido! ¡Ah, pérfida!... Aun podia perdonarte; pero tú acabas de pronunciar tu sentencia.

Agarra atropelladamente el vaso.

No ha sido, no, una ligera imprudencia, una

debilidad disculpable... sino una traicion meditada, una trama infernal.

Bebe.

Este agua de limon está tan desabrida como tu alma. Pruébala.

Luisa. ¡O cielo! No sin motivo temia yo quedarme sola.

Con imperio.

Fern. Que la pruebes te digo.

Luisa á pesar suyo toma el vaso. Luego que le llega á los labios, Fernando se aparta sobrecogido de horror, y se precipita en el fondo del teatro.

Luisa. Está buena, Walter.

Sin volver, y todo temblando.

Fern. Yo te doy la enhorabuena.

Despues de soltar el vaso sobre la mesa.

Luisa. ¡O! Si vm., si vm. supiera quánto me agravia con sus injustos rezelos.

Entredientes.

Fern. ¡Ah, hipócrita!

Con tristeza.

Luisa. Tiempo llegará...

Con voz sombría.

Fern. Para nosotros ya se ha pasado.

Continúa.

Luisa. En que al acordarse de esta noche, se penetre de dolor su corazon de vm.

Empieza á ponerse inquieto, y á andar con mas precipitacion: se quita el cinturon y la espada.

Fern. A Dios, servicio de los grandes: juguetes de la vanidad, á Dios.

Luisa. ¿Qué tiene vm.?

Fern. Se me arde el estómago: quiero estar mas á gusto.

Luisa. Aun ha quedado agua de limon: acabe vm. de bebérsela, y le templará algo.

Entredientes, primero de modo que se le oye.

Fern. ¡Infame! y nada sospecha.

Se acerca á él con toda la expresion del amor.

Luisa. ¡Tienes valor para llamar así á tu Luisa!

La despide.

Fern. Aparta, aparta de mí esos ojos seductores: preséntate mas bien con toda la deformidad del vicio. Dexa esa dulzura angelical... Ya es tarde... Es necesario que yo te despedace, víbora ponzoñosa, ó que la desesperacion me entregue á...

Luisa. ¡Qué delirio!

Mirándola de medio lado.

Fern. ¿Quién lo creerá? ¿quién lo hubiera creído? ¡La obra mas bella de la naturaleza!... ¡Dios mio! ¿por qué se ha de servir el veneno en tan magníficos vasos? ¿por qué se ha de enmascarar el vicio con las galas de la virtud? Eso es muy cruel.

Luisa. No lo es poco no poderte responder, teniendo tanto que decir.

Fern. ¡Qué voz tan dulce!

Mirando fixamente.

¡Qué conjunto tan precioso, tan divino! Parece que Dios ha hecho obstentacion de su poder, inspirando en el cuerpo de un ángel, el alma de un demonio.

Luisa. ¡Qué obstinacion! Mas quiere blasfemar contra el cielo, que deponer sus injustas sospechas.

Se echa llorando al cuello de Luisa.

Fern. ¡Ah, Luisa! Sé mia en este instante... sé mia en este momento... sí... ¡Mas ah! ¡Con qué rapidez se han pasado los dias venturosos en que mi corazon creía poseer el tuyo!... Quán feliz era entónces... Pero ahora, ahora... ¡ó Luisa, Luisa! ¿en qué te ha ofendido mi amor para que me trates así? *Llora.*

Luisa. Llora Walter, llora: mas justas son tus lágrimas que tus desconfianzas.

Fern. Te engañas: que estas lágrimas no son como en otro tiempo lágrimas de sensibilidad: estas son lágrimas frias, que anuncian nuestra próxîma separacion: lágrimas que derramo sobre tí, y que me arranca el deseo de la salud eterna de tu alma.

Luisa. Walter, oye una palabra, y despues separémonos... El hado que cruelmente nos persigue ha desconcertado la armonía de nuestros corazones. ¡Oxalá pudiera hablar! ¡qué cosas podría decirte!... pero un horrendo secreto ata mi lengua, y me veo precisada á sufrir unas injurias indignas, aun de la mas despreciable muger.

Fern. ¿No sientes alguna novedad, Luisa?

Luisa. ¿Por qué lo preguntas?

Fern. Porque ya llegó el caso de que tus engaños sean inútiles.

Luisa. Yo te pido, te suplico que creas...

Fern. No, no: yo no quiero llevar la venganza mas allá de la muerte...

Con la mayor seriedad.

Luisa: ¿has amado al Mariscal de la corte? Mira que ya no has de salir de esta pieza.

Luisa. No puedo, no me atrevo á responderte.

En tono mas sério y mas vehemente.

Fern. Mira que de eso pende la salud de tu alma... ¿Has amado al Mariscal?

Luisa. Yo no tengo nada que responder.

Se echa á sus pies con una conmocion horrorosa: despues con voz fuerte y grave.

Fern. Luisa: ¿has amado al Mariscal? Mira que ántes que esa luz se extinga... ya tú... habrás comparecido ante el tribunal de Dios.

Con la mayor agitacion.

Luisa. ¡Dios mio! ¿qué significa esta amenaza? Yo empiezo á sentirme mala... una debilidad mortal se va apoderando de mis...

Cae sobre una silla.

Con una alegría cruel.

Fern. ¡Qué! ¿empieza ya?... Un corazon de bronce para el crímen, no puede resistir un miserable grano de arsénico.

Luisa. ¡O Dios!... veneno... ¿ha sido veneno?...

Fern. Sí... veneno es: la muerte circula por tus venas.

Luisa. ¡La muerte!... ¡Ay de mí! Salvador del mundo, ten misericordia de mi alma.

Fern. Eso es lo que importa. Así la tenga tambien de la mia.

Luisa. ¡Madre mia! ¡Padre mio! ¡pobre y desgraciado padre! ¿se puede todavía?... ¿No hay remedio?

Fern. Ninguno. Pero tranquilízate, que ambos juntos harémos el viage.

Luisa. ¡Pues qué, Fernando! ¿tambien tú has tomado veneno? Dios de las misericordias, perdónale.

Fern. Ruégale por tí misma, que muy bien habrás menester toda su clemencia.

Luisa. Fernando, Fernando: ahora ya puedo romper el silencio... La muerte relaja todos los juramentos. ¡O Fernando, el mas desgraciado de los hombres! Yo muero inocente.

Horrorizado.

Fern. ¿Qué dice? ¡Aun en los horrores de la agonía se atreve á sostener sus embustes!

Con dulzura.

Luisa. ¡Yo no miento! no miento, no: en toda mi vida solo he mentido una vez. ¡Ah, un temblor mortal discurre por todos mis miembros!

A Fernando.

Quando yo escribí la carta al Mariscal...

Fern. ¡Ah, funesta carta!

La lengua empieza á entorpecerse, y sus dedos á agitarse de un modo convulsivo.

Luisa. Fernando: disponte á oir un secreto cruel; mi mano ha escrito lo que mi corazon reprobaba. Tu mismo padre dictó aquella carta.

Fernando yerto de horror, se queda inmóvil por algunos instantes: despues cae como si un rayo le hubiese herido.

Yo fuí precisada... perdóname. Tu Luisa hubiera preferido la muerte: pero mi padre... el riesgo en que estaba... el deseo de librarle... las tramas infernales de...

Se levanta furioso.

Fern. Gracias á Dios, que aun no siento los efectos del veneno.

Toma la espada de la mesa, y la desenvayna.

Que va cayendo de uno en otro desmayo.

Luisa. ¡Qué vas á hacer! mira que es tu padre.

Con la mas furiosa rabia.

Fern. Es un asesino: y es preciso que venga con nosotros á comparecer ante el tribunal del Eterno.

Va á salir.

Luisa. ¡Redentor del mundo! Tú que espirando

orastes por los que te crucificaban... perdónale, y á su padre.

Percibe sus últimos movimientos, vuelve, y se echa á sus pies.

Fern. Detente: ¡espera, ángel del cielo!

La coge la mano, y al instante la suelta.

¡Ya está fria! Perdona al mas cruel de los asesinos: esta fué su última oracion... ¡Y aun estoy vivo! aun no siento los efectos... ¿Querrán las fuerzas de mi juventud oponerse á mi castigo? Será en vano: mi resolucion es...

Coge el vaso.

SCENA VIII.

Fernando, el Presidente, Rampe y Miller.

El Presidente, seguido de Rampe y de muchos criados, entra precipitadamente. Una triste inquietud se descubre en todos los semblantes: poco despues Miller, seguido de Alguaciles y Paisanos.

Con una carta en la mano.

Presid. ¡Hijo mio! ¿qué significa esta carta?... es posible...

Despues de haber apurado el vaso, le tira á los pies de su padre.

Fern. Ten, asesino.

Retrocede asombrado: todos permanecen del mismo modo: una pausa.

Presid. ¡Hijo mio! hijo: ¿por qué me tratas así?

Sin mirarle.

Fern. Porque desunir dos corazones, y sacrificarlos á la mas insaciable ambicion... El proyecto era de un político infernal; pero el amor ha desconcertado esta obra maestra de la iniquidad. *Una pausa.*

Vuelve los ojos á todas partes.

Presid. ¿No hay nadie que consuele á un padre desdichado?

Detrás de la scena.

Miller. Déxenme vms. entrar, por Dios, déxenme vms. que entre.

Abrese la puerta, y Miller se abalanza al teatro, seguido de Aguaciles y Paisanos.

¡Hija mia, Luisa! ¿dónde estás? ¡dónde está mi hija!

Le toma de la mano, y le conduce entre el cuerpo de Luisa y el Presidente.

Fern. Yo estoy inocente: ved ahí su asesino.

Cae en tierra al lado de su hija.

Miller. ¡Dios mio!

Fern. ¡Vea vm. ahí el fruto de su exêcrable ambicion!

Le conduce por la mano cerca del cuerpo de Luisa.

Lea vm. su nombre delineado por el ángel exterminador en esa frente pálida y descolorida.

Cae desmayado.

Levanta al cielo la mano derecha, y con la mas violenta expresion.

Presid. ¡Dios vengador! Dios omnipotente: tú sabes que solo éste es el autor de tan mostruosa maldad.

Con un grito de furor.

Rampe. ¿Yo?

Presid. ¡Tú, indigno! ¡tú, malvado! ¿no eres tú el que me dió este pérfido consejo? ¿No eres tú el que ha dirigido esta trama infernal? Pues que seas tambien tú sobre quien caiga el castigo.

Con risa desesperada.

Rampe. ¡Sobre mí!... ¡sobre mí!... hombre malvado, ¿acaso era él mi hijo?... ¡Sobre mí! Norabuena: caiga: yo lo sufriré; pero tú

Le agarra al Presidente.

no te quedarás libre... Id, dad voces, gritad, que prendan al asesino. Dad parte á los Jueces: y vosotros, ministros de justicia, atadme, conducidme á los tribunales, que yo revelaré secretos que harán extremecer al que los oiga.

Procura contenerle.

Presid. Así te atreves...

Rampe. ¡Por qué no me he de atrever, hombre malvado! Yo estoy furioso, y me atreveré á todo lo que un furioso se atreve. Sí, para mí será del mayor consuelo, descender contigo á un mismo calabozo, subir contigo á un mismo suplicio, y ser contigo precipitado á...

Que hasta ahora ha estado en un triste abatimiento, apoyada su cabeza en el cuerpo de su hija, se levanta de repente, y tira el bolsillo al Mayor.

Miller. Toma tu oro, vil emponzoñador: ¿pensabas comprarme la sangre de mi hija?

Vase precipitadamente.

Ya con voz dêbil.

Fern. Seguidle, consoladle... volvedle ese dinero, funesto tributo de mi reconocimiento.

Se vuelve hácia Luisa.

¡Luisa, Luisa! voy á buscarte: á Dios... dexadme espirar á sus pies.

Saliendo de un profundo recogimiento.

Presid. ¡Hijo mio! ¡Fernando! ¡dígnate de echar una mirada á tu desgraciado padre!

Echado al lado de Luisa.

Fern. Esta última pertenece al Dios de las misericordias.

Cae á sus pies, y con la expresion del dolor mas intenso.

Presid. Todos me abandonan, el criador y las criaturas... ¿Qué? ¿ni siquiera una mirada que pueda servir del último consuelo á tu padre?

Fernando le da la mano, y muere: el Presidente se levanta al instante.

Me ha perdonado.

A los demas.

A vosotros me entrego.

Vase seguido de los Alguaciles y Ministros, que llevan asegurado á Rampe.

FIN.

...EDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LUNA Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO de 8.º

... l' Epee.
...na.
...o y Clara ó los dos presos.
...enon (tragedia).
...ek
...tes generosos.
... y la intriga.
... (el).
... labradora.
... de Bagdad (ópera).
...ia y Dorsan.
...moso (el).
...entina y Desormes.
...de de Olbach.
Duque de Viseo.
Fulgencia ó los maniáticos.
Gombela y Suni-Ada.
Muger celosa.
Opresor de su familia.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos, ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Solteron y su criada.
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

...or por el tejado ó la Marcela.
...daluza en el laberinto.
...hualpa (tragedia)
...nca y Montcasin (tragedia),
...que peligroso.
...ato ó Roma libre (tragedia).
...beza de bronce.
...dma y Signoris.
...lavera (el).
...liche.
...mila (tragedia).
...samiento por fuerza.
...stillos en el aire.
...tas (las).
...tas debajo del olmo.
...cinero (el) y el secretario.
...ndesa de Castilla.
...njuracion de Venecia.
...ntrato anulado.
...quetismo y presuncion.
...stumbre de Antaño
...antas veo tantas quiero.
...eber y la naturaleza.
... Pedro de Portugal (tragedia).
... Sancho García de Castilla.
Doña María Pacheco.
Dorotea (la).
Dos épocas.
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
D. Dieguito.
Edipo (tragedia.)
Eduardo y Federica,
Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Enamoradizo (el).
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
Escuela de la Amistad.
Guzman (tragedia.
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita.
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Jóven de sesenta años.
Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (tragedia)
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia)
Numancia destruida (tragedia)
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pancho y Mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Ràbula (tragedia)
Raquel (tragedia).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años, ó vida del jugado
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y los calaveras, ó la posad
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novics.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la)
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo de Cromwel.
Hijo del emigrado.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la Madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.